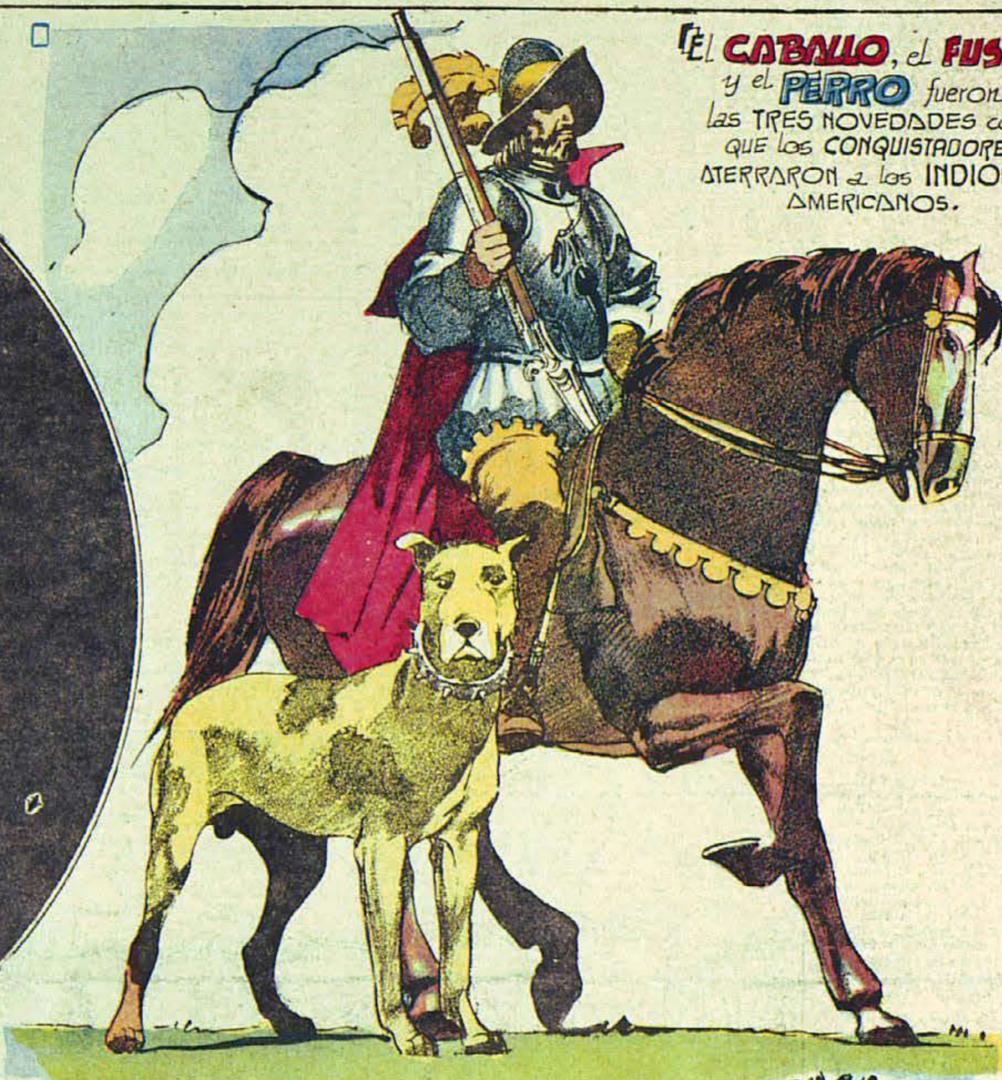


VISTO Y OIDO ★ Los Tres Temores de los Indios ★ por PREMIANI

Una LEYENDA ARABE
ATRIBUYE el ORIGEN
de la **GUITARRA**
a UNA MUJER MUERTA
en BRAZOS de SU
AMADO, QUE
ENLOQUECIO de DOLOR
y SIGUIO CANTANDO
ABRAZADO a ELLA.

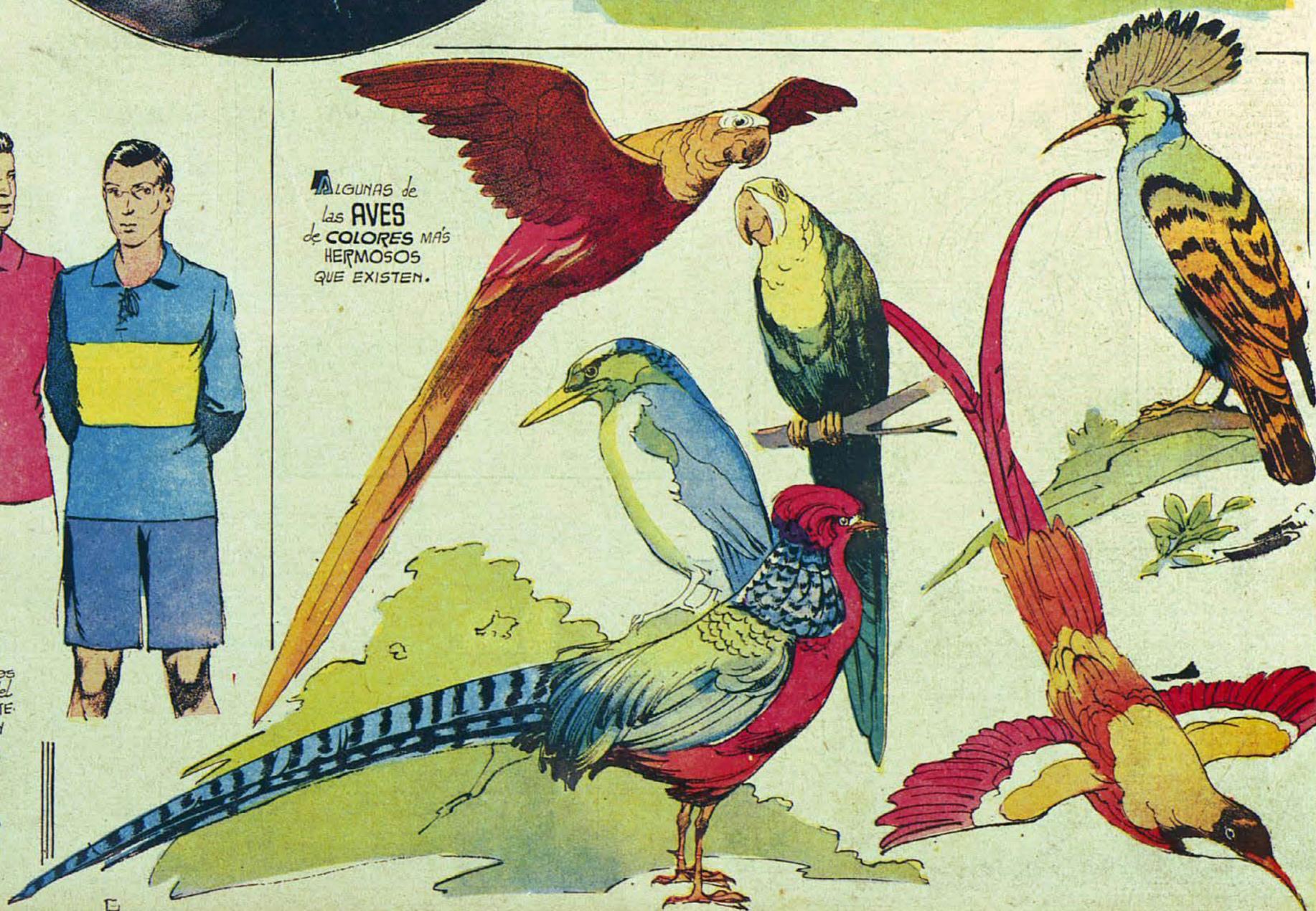


El **CABALLO**, el **FUSIL**
y el **PERRO** fueron
las TRES NOVEDADES con
que los CONQUISTADORES
ATERRARON a los INDIOS
AMERICANOS.



El **COLOR ROJO**
PREVALECE en los
DISTINTIVOS del
FOOTBALL PORTE-
ÑO: Se LUCEN
11 EQUIPOS
le SIGUE el
AZUL,
QUE LO LUCEN
7 EQUIPOS.

ALGUNAS de
las **AVES**
de **COLORES** MAs
HERMOSOS
QUE EXISTEN.



EL PRINCIPIO

DE LOS TATÚS



POR RUDYARD KIPLING ILUSTRACION DEL AUTOR

ESTE, mi queridísimo, es otro cuento de los tiempos hondos y leñosos y arcaicos. En el mismo medio de esos tiempos había un tal Erizo Pinchipuntas, y vivía a orillas del turbio Amazonas, comiendo caracoles y cosas, y tenía una amiga, una tal Tortuga Lerda Dura, que vivía a orillas del turbio Amazonas, comiendo verdaderas lechugas y cosas. Y eso estaba bien, mi queridísimo. ¿No te parece?

Pero también, y al mismo tiempo, en aquellos tiempos hondos y leñosos y arcaicos, había un tal Jaguar Pintojo, y vivía también a orillas del turbio Amazonas, comiendo todo lo que podía atrapar.

Cuando no conseguía ciervos o simios, cunía ranas y bichos, y si no conseguía ranas y bichos iba a contárselo a Mamá Jaguar, y ella le enseñaba cómo comer erizos y tortugas.

Tantísimas veces le enseñó, coleando con mucha gracia: "Hijo mío, cuando halles un erizo échalo al agua para que se desentrosque, y cuando halles una tortuga excávala con tu garra para sacarla de su concha." Y eso estaba bien, mi queridísimo. ¿No te parece?

Una magnífica noche, a orillas del turbio Amazonas, Jaguar Pintojo halló al fin a Erizo Pinchipuntas y a Tortuga Lerda Dura sentados bajo el tronco del árbol caído. No pudieron huir, así que Pinchipuntas se enroscó en bola, pues era un erizo, y Lerda Dura metió su testa y patas en su concha lo más adentro que pudo, pues era una tortuga. Y eso estaba bien, mi queridísimo. ¿No te parece?

"Ahora atendedme", dijo Jaguar Pintojo, pues esto es muy importante. Mi mamá me dijo que cuando halles un erizo lo eche al agua para que se desentrosque, y cuando halles una tortuga la excave con mi garra para sacarla de su concha. Y ahora, ¿cuál de vosotros es erizo y cuál tortuga?, pues juro por mis pintas que no lo sé."

"¡Estás seguro, bien seguro, de lo que te dijo tu mamá!", dijo Erizo Pinchipuntas. "¿Qué dices cuando desentrosques una tortuga, debes excavarla del agua con una concha, y que cuando rasques un erizo debes sacarlo de tu garra?"

"¡Estás seguro, bien seguro, de lo que te dijo tu mamá!", dijo Tortuga Lerda Dura. "¿Qué dices cuando desentrosques un erizo, debes echarlo a una excavación, y que cuando pinches una tortuga debes desentrosarla hasta que se enrosca?"

"No creo que sea así", dijo Jaguar Pintojo, que se embro-

ló algo, pero, por favor, señores, decidme de nuevo, y más claro."

"Cuando saques agua con tu garra desentroscala con un erizo", dijo Pinchipuntas. "Recuérdalo bien, que es muy importante."

"Pero", dijo Lerda Dura "cuando excaves tu carne, échala en una tortuga con agua. ¿Cómo, no comprendes?"

"Me hacéis doler las pintas", dijo Jaguar Pintojo; "y además, no os pedí consejo ninguno. Sólo quiero saber quien de vosotros es Erizo y quien Tortuga."

"No te lo diré", dijo Pinchipuntas. "Pero puedes sacarme de mi concha, si te parece."

"¡Ajá!", dijo Pintojo. Ahora sé que eres Tortuga. Créstele que no lo sabía. Ahora veremos. Jaguar Pintojo dardó su garra-ganchos justo cuando Erizo se enroscó, y por supuesto, la garra-ganchos se le llenó de pinchos. Pero que eso, manoteó lejos y más lejos a Pinchipuntas entre la maleza y la jungla, donde era demasiado umbría para hallarlo. Entonces se llevó su garra-ganchos a la boca, y por supuesto, los pinchos lo pincharon peor que antes. En cuanto pudo hablar, dijo: "Ahora sé de no es tortuga en nada. Pero", — y se rasó la testa con su garra-ganchos sin pinchos — "¿cómo puedo saber si este otro es tortuga?"

"Pero si yo soy Tortuga", dijo Lerda Dura. "Tu mamá tenía toda la razón. Te dijo que debes excavar de mi concha con tu garra. Emplea."

"No dije así hace un minuto", dijo Pintojo, chapándose los pinchos para despincharse su garra-ganchos. "Dijiste que ella dijo algo muy diferente."

"Bueno, supongamos que dices que lo dije que ella dijo algo muy diferente; pues si digo lo que dije que dije, es lo mismo que si digo que dije lo que dije. Por otra parte, si crees que dije que debes desentrosarme en una excavación, en lugar de excavar en el agua con una concha, yo no puedo arreglar la cosa, ¿no es así?"

"Pero dijiste que querías que excavara de tu concha con mi garra", dijo Jaguar Pintojo, muy humeando y muy prudente. "¿Qué sucedería entonces?"

"No sé, pues nunca me excavaron de mi concha todavía; pero de veras, si quieres verme nadar lejos no tienes más que echarme al agua."

"No te creo más nada", dijo Jaguar Pintojo. "Confundiste todo: lo que me dijo mi mamá con lo que me dijiste si estaba seguro que ella no había dicho y ahora que vienes y dices algo que puedo entender, me embrollo más que antes. Mi mamá me

dijo que debía echar al agua a uno de vosotros, y como parecéis tan ansioso de que te echen, me parece que no quieres que te echen. Así que salta al turbio Amazonas, y pronto."

"Te advertí que a tu mamá no le gustará. No le digas que no te lo dije", dijo Lerda Dura. "Si dices otra palabra de lo que mi mamá dijo", contestó Jaguar, pero no terminó la frase antes que Lerda Dura se zambullera en el turbio Amazonas; nadando bajo el agua salió y subió a la costa donde Pinchipuntas la esperaba.

"¿Qué escapada!" dijo él. "No me gusta Jaguar Pintojo. ¿Quién le dijiste que era?"

"Lo dije de verdad que era verdadera tortuga, y no quiero creer, y me hizo saltar al turbio Amazonas para ver si era, y yo era, y está sorprendido. Ahora fué a contárselo a su mamá. ¡Escúchalo!"

Pudieron oír a Jaguar Pintojo que aullaba y rugía de un lado al otro, entre árboles y malezas a orillas del turbio Amazonas, hasta que su mamá vino.

"Hijo, hijo", repitió su mamá tantas veces coleando con mucha gracia, "¿qué hiciste que no debiste hacer?"

"Traté de excavar algo que dijo quería lo excavaran de su concha con mi garra, y me llené la garra de quir-pinchos", dijo Jaguar.

"Hijo, hijo", repitió su mamá tantas veces, coleando con mucha gracia, "por los pinchos en tu garra-ganchos veo que ha sido un erizo. Debiste echarlo al agua."

"Así hice con la otra cosa, y dije que era tortuga y no lo creí, y era muy verdad, y se zambulló en el turbio Amazonas y no quiere salir más, y me erizo se enroscó en bola y yo tengo nada de comer, y creo que es mejor que vayamos a buscar a otra parte. ¡Son demasiados astutos para mí, en el tur-

bio Amazonas! ¡Pobre de mí!"

"Hijo, hijo", repitió tantas veces su mamá, coleando con mucha gracia, "ahora escucha, me y recuerda lo que digo. El erizo se enroscó en bola y yo tengo nada de comer, y creo que es mejor que vayamos a buscar a otra parte. ¡Son demasiados astutos para mí, en el tur-

bio Amazonas! ¡Pobre de mí!"

"Hijo, hijo", repitió tantas veces su mamá, coleando con mucha gracia, "ahora escucha, me y recuerda lo que digo. El erizo se enroscó en bola y yo tengo nada de comer, y creo que es mejor que vayamos a buscar a otra parte. ¡Son demasiados astutos para mí, en el tur-

"No me gusta nada esa vieja señora, nada", dijo Tortuga Lerda Dura. "Ni aun Jaguar Pintojo olvidará esas instrucciones. Es gran lástima que no puedas nadar, Pinchipuntas."

"No me hables", dijo Erizo. "Más bien piensa que mejor sería si pudieran enroscarse. Es te es un embrollo. ¡Escucha a Jaguar Pintojo!"

Este estaba sentado a orillas del turbio Amazonas, chapándose los pinchos para despincharse su garra-ganchos, y diciéndose:

No se enrosca y si sabe nadar—

Lerda Dura, tal ella es. Si se enrosca y no sabe nadar—

Pinchipuntas, tal él es.

"No se olvidará eso ni los domingos", dijo Erizo. "Soatcame el mentón, Lerda Dura. Voy a probar a aprender a nadar. Puede ser útil."

"¡Excelente!", dijo Tortuga, y sostuvo el mentón de Pinchipuntas, mientras éste pateaba en las aguas del turbio Amazonas.

"Todavía llegarás a buen nadador", dijo Lerda Dura. "Ahora, si puedes desatarme un poco mis placas del lomo, veré que puedo hacer en materia de enroscos. Puede ser útil."

Pinchipuntas ayudó a desatar las placas del lomo de Tortuga, y a fuerza de estirarse y torcerse pudo ésta en verdad enroscarse un poquito.

"¡Excelente!", dijo Erizo, "pero yo dejaría por un rato. Te pones la cara negra con tanta puja. Y no gruñas tanto, que Pintojo podría oírlos."

Y los dos practicaron a porfía; mientras descansaba uno, el otro pujaba; Lerda Dura se aflojó sus placas más agujeros y Pinchipuntas zambulló bien hondo; ayudando en sus ejercicios pasaron la noche, y cuando el sol subió al cielo, descan-

saron y se secaron. Entonces vieron que ambos eran del todo diferentes de lo que habían sido. "Pinchipuntas", dijo Tortuga después del desayuno, "yo ya no soy lo que era ayer. Pero espero divertir todavía a Jaguar Pintojo."

"Lo mismo pensaba yo ahora", dijo Erizo. "Me parece que se aplastaron mucho los pinchos, y debo parecer más una piña que una castaña en el árbol, como solía, lo que me parece un gran progreso, sin contar la natación. ¡Qué chasco tendrá Pintojo! Vamos a buscarlo."

Al poco rato hallaron a Jaguar Pintojo, aun cuidándose su garra-ganchos que se lastimó la noche antes. Se asombró tanto que se cayó sentado sobre su propio pintado rabo hasta tres veces sin parar.

"Buen día, dijo Pinchipuntas. "¿Y cómo está tu amable mamá, hoy?"

"Muy bien, gracias", dijo Jaguar; "pero tienes que perdonarme que no recuerde en este preciso momento. Como te llamas?"

"Eres poco amable", dijo Pinchipuntas, "siendo que a esta hora de ayer trataste de excavar de mi concha con tu garra."

"Pero no tenías tal concha. Eran puros pinchos", dijo Pintojo. "Ya sé si eran. ¡Mira mi pata, no más!"

"Me dijiste que me echara al turbio Amazonas y me ahogara", dijo Lerda Dura. "¡Por qué eres tan olvidadizo y descortés hoy?"

"No recuerdas lo que tu mamá te dijo?", dijo Pinchipuntas.

"No se enrosca y si sabe nadar—

Lerda Dura, tal ella es. Si se enrosca y no sabe nadar—

Pinchipuntas, tal él es."

Entonces los dos se enroscaron y rodaron por el suelo al rededor de Jaguar Pintojo en ronda y ronda hasta que los ojos se le volvieron como ruedas de carró en su testa, en verdad.

Entonces fué a buscar a su mamá.

"Mamá", dijo, "hay dos bestias nuevas en la selva hoy, y el que dijiste no podía nadar, y el que dijiste no se podía enroscar, se enrosca; hicieron sociedad con los pinchos, creo, porque ambos son todos escamosos, en vez de ser uno liso y el otro pinchado; y además giran y giran como rueda, y no me siento cómodo."

"Hijo, hijo", dijo Mamá Jaguar tantas veces, coleando con mucha gracia, "un erizo es erizo, y no puede ser sino erizo; y una tortuga es tortuga y no puede ser otra cosa."

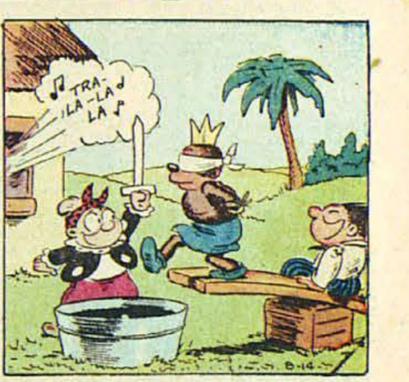
"Pero no es erizo, y no es tortuga. Es un poco de las dos cosas, y no sé su nombre exacto."

"¡Tonterías!", dijo Mamá Jaguar. "Todo tiene su nombre exacto. Yo lo llamaría 'Tatú' hasta que sepa el nombre real. Y lo dejaría en paz."

Jaguar Pintojo hizo, pues, como le dijeron, sobre todo en dejarlo en paz; pero lo curioso, mi queridísimo, es que nadie, a orillas del turbio Amazonas, llamó a Pinchipuntas y a Lerda Dura juntos otra cosa que Tatú. Hay erizos y tortugas en otras partes, por supuesto, (los hay en mi jardín); pero la verdadera clase, vieja y astuta, con sus placas como escamas, toquitapándose, como una piña, que vivía a orillas del turbio Amazonas, por los tiempos hondos y leñosos y arcaicos, siempre se llaman Tatús, porque eran tan astutos.

Y eso está bien, mi queridísimo. ¿No te parece?

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks



Crúcese de Palabras

Por CRUZ DIABLO

II	III	IV	V	VI	VII	VIII	IX	X	XI	XII	XIII
II											
III											
IV											
V											
VI											
VII											
VIII											
IX											
X											
XI											
XII											
XIII											

Los números romanos indican el orden de las columnas; los números árabes (en las listas), el orden de las palabras en cada columna. (La solución en el próximo número)

- HORIZONTALES**
- I — 1 Su fruto se come verde. 2 Conserva. 3 Con leche o con limón.
 - II — 1 Salvajes, árboles y ca. cahuetes. 2 Monograma de Cristo.
 - III — 1 Vocal. 2 Pinche marino. 3 As.
 - IV — 1 Silla espantosa. 2 Ave morfona.
 - V — 1 Hierba. 2 Medida aragonesa y manto beduino. 3 Cunas de flores y hortalizas.
 - VI — 1 Yangada. 2 Cero. 3... de Surta.
 - VII — 1 Uno. 2 A veces u. 3 Río chino-uruguayo. 4 Sol egipcio. 5 A veces o. 6 Glucino.
 - VIII — 1 Pecera. 2 Preposición. 3 Célebre carta.
 - IX — 1 Predilecta de Hitler. 2 nombre común a muchos hombres célebres entre los árabes y las perlas. 3 Llevar a remolque una nave.
 - X — 1 Ciudad de Polonia. 2 Señala.
 - XI — 1 Arriba grado. 2 Parecidos al jabali. 3 Radio.
 - XII — 1 Además. Crustáceo.
 - XIII — 1 Consonante. 2 Alzar un poco. 3 No.
- VERTICALES**
- I — 1 Río, municipio y geógrafo holandés. 2 En el festival de los Consualia. 3 Fecha turca.
 - II — 1 Colador de sardinas. 2 Antihigiénico.
 - III — 1 Uno. 2 Aduana. 3 Real, reverendo, etc.
 - IV — 1 En honor de Baco. 2 Vega.
 - V — 1 Se ve pocas veces. 2 Nímera. 3 Diosa medicinal.
 - VI — 1 Hierba ramosa. 2 compañera de Hí y Oei. 3 No pía.
 - VII — 1 Jesús. 2 Mil. 3 Infusión china. 4 Prefijo inseparable y mes de agosto en la era alejandrina. 5 Tado. 6 Cincuenta.
 - VIII — 1 Abogado turco. 2 Reverendo. 3 Receptor de olfa.
 - IX — 1 Fecha. 2 Tío. 3 Tormento.
 - X — 1 Insecto que se alimenta de avellanas. 2 cortar el pelo.
 - XI — 1 Preposición. 2 Adorno escultural. 3 Cien.
 - XII — 1 Inconvenientes. 2 En las fábricas de vidrios y jabón.
 - XIII — 1 En Lugo receptáculo de truchas y salmones. 2 Al Oeste de Bagamoyo. 3 Nota.

¿QUE hace aquí toda esta gente? Siempre que Clarence Rock empujaba la puerta batiente de la "Black Star", aquella sordida taberna de aquel puerto de la India, sentía la misma sensación de odio y rabia. Hubiera arrasado con todas las mesas que estaban allí e impedirían dar un paso de tan juntas que estaban; hubiera roto a todos los vasos y los becos espumantes de cerveza; hubiera arrasado hasta la calle, uno por uno, a aquellos marineros y mujeres semidesnudas que rodeaban las mesas con gestos cansados o lujuriosos y ojos de alcohol, y a los mozos que gritaban atropellando a todo el mundo con las bandejas en alto, hubiera echado de aquel recinto a aquel humo espeso que hacía la atmósfera irrespirable y desdibujaba las cosas; hubiera acallado todos los rumores, todos los gritos, todas las palabras, todas las carcajadas. Todo hubiera destruido y arrojado el de allí, hasta quedar el solo sentado a una mesa, frente a un vaso de gin, él y aquella mujer que, en el fondo del bar, ballaba sobre una pequeña tarima y cantaba:

¡Eh, muchachos! Sopla hoy viento del trópico
y mi sangre se enciende...
Escupid sobre mí para apagar mi fuego.
Venid, todos, antes que de ardor me muera.

Rock lamía con su mirada turbia, cargada de deseo, el cuerpo semidesnudo de la bailarina. La imaginaba danzando sobre la cubierta de su "Mary Allison", el barco de carga que esperaba tras él, a pocas cuadras de allí, recostado sobre el muelle, listo para partir de nuevo. La imaginaba echándose en sus brazos y cifiendo su cuerpo moreno al suyo, tostado por muchos soles, en su camarote de capitán, ya en alta mar. La imaginaba compañera de sus largas travesías, esclava sumisa pronta a satisfacer todos sus deseos y caprichos. Si; frente al mar, en las noches de luna, él apretaría entre sus manos la carne palpitante de aquella mujer con ansia de apoderarse de toda su vida, de todo su cuerpo, de todos aquellos extraños ritmos y movimientos de su cuerpo.

Laura danzaba ahora con un clavel en la boca, separando y apretando frenéticamente sus muslos desnudos, los brazos en alto, los ojos brillantes, de un extraño fulgor. Un viejo piano golpeado por un hombre en mangas de camisa, semiperdido en la bruma de la taberna, acompañaba el baile. Rock sentía que un fuego lento que abrazaba su pecho y su garganta y parecía consumirlo en una fiebre extraña, le impedía salir de aquel recinto, dejar aquella mesa, volver a su hogar... Una sorda rabia le invadía entonces. No recordaba en sus años de marino mejor igual. Ninguna mujer había podido encadenarlo a tierra. Pero ésta era terrible en su hermosura y en la extraña fascinación de sus bailes y canciones.

Jugaba con un clavel en su mano, golpeándolo sobre la mesa. Sus ojos cargados de largas pestañas se clavaron en los de Rock, soñolientos, misteriosos. El timbre metálico de su voz pareció quebrarse dentro del pequeño reservado:

—No... no...
—Si te disgusta el mar, puedo dejarlo. Haré dos viajes más al Japón... Tengo que cargar té... Luego viviremos en tierra... donde tú quieras... El lugar lo elegirás tú...

—No... no...
—Rock no pudo contenerse. Tomó la mano de Laura que golpeaba el clavel y apretó su muñeca hasta hacerla dar un grito. La cortina de mimbre del reservado pareció entremetarse.

—¿No comprendes que enloqueces, que haces...?
—Yo también quiero vivir así, enloquecida...
Hubo un silencio. Rock volvió a hablar, como lo había hecho otras veces. Lentamente, en tono lastimoso, esforzándose por dulcificar su voz. Esa voz que tronaba desde el puente de mando de la "Mary Allison", dirigiendo maniobras y reprimiendo motines, ahora replicaba y parecía arrastrarse ante la mujer. Pero ésta de pronto le interrumpió parándose y llevando el vaso de whisky a sus labios:

—Ya es hora de empezar... Si quieres verme luego... Pero no me hables de él, ni de tu barco, ni de seguirte... Mi vida está aquí. No seguiré a ningún hombre...
Los miembros finísimos de la cortina se abrieron al paso de su cuerpo. Cuando el canto de Laura y el piano llegaron hasta Rock, éste se estremeció. Un mozo sucio y maloliente entró luego para llenar de nuevo su vaso.

Joe Wardy era más bien bajo, rostro oscuro lleno de carbón, piernas deformes, ojos rasgados y someríos, manos callosas. Un extraño tatuaje — una mujer con un edificio en una mano — adornaba en su mugrienta muñeca. Habituaba las profundidades del barco, atendiendo el suministro de carbón a las calderas. Cuando subía a la cubierta, la luz del sol parecía cegarlo un instante. Era esta la única ocasión en que se veía a este hombre ceder ante algo. Todos le temían y miraban con desconfianza. Aquel cuchillo que él tenía a menudo entre sus manos, era particularmente terrible, como terrible era toda arma que él empuñara. Muertes, sangrientas peleas, en distintos puertos, en imprecisas fechas se recordaban. Entre Rock y Joe aquella noche, cerca de una puerta que daba a un patíbulo de aquella lancha. Luego Joe llegó a ser — nadie supo nunca por qué y cómo — el hombre de confianza de Rock. Nunca miraba a su interlocutor cuando conversaba. Ahora que Rock estaba junto a él, escuciendo palabras entre dientes, sus ojos miraban el mar y las cercanas dársenas llenas de vapores.

—¿Se que eres listo para eso... Nadie se dará cuenta... Ella no permite que nadie se distraiga. Debes, aunque no quieras, mirar cómo se mueven sus piernas y caderas... Mañana a la noche debe ser. Mañana, padre, si quieres conmigo, yo quedaré libre de esto. Es mejor así, ¿comprendes?... Si no su recuerdo me obligará a volver desde cualquier punto en que me halle... Mientras que así, sabes que no tienes que pensar más en ella... no tendrás que tocar tierra por mujer alguna. Será fácil... Nadie se dará cuenta. Ella no permite que nadie se distraiga cuando baila...

No había más que quince metros desde la mesa que ocupaban Rock y Joe aquella noche, cerca de una puerta que daba a un patio oscuro, a la tarima donde ballaba Laura bajo una luz violeta. Cien pares de ojos seguían anhelosos los movimientos de su cuerpo y los gestos de su rostro. Un rumor sordo, como si fuera el bramir de un deseo incandescente, ascendía a veces, hasta tajar la música del piano y la voz de la bailarina. Después decreta.

Ballaba ahora con un extraño frenesí. Rock lamía con su mirada turbia, cargada de despecho, el cuerpo entero de la mujer y dirigía rápidas miradas a Joe que permanecía impassible a su lado. Laura ballaba locamente. Avanzaba, a veces, hasta el extremo de la tarima como ofreciéndose entera a todos aquellos hombres, como si quisiera enloquecer de amor bajo la brutal caricia de todas aquellas manos callosas y el ansia quemante de todas aquellas bocas entreabiertas en unos rostros anhelosos y sensuales. Una ola de deseo estremecía a la taberna. La voz de Laura volvía a repetir la canción, mientras su desnudo cuerpo oscuro aparecía y desaparecía tras los rojos velos que pendían de sus hombros y caderas como flotantes llamas:

¡Eh muchachos! Sopla hoy viento del trópico
y mi sangre se enciende
Escupid sobre mí para...

Su voz se cortó de pronto. Alguien dió un grito junto a ella. Cesó la música. Laura, desmesuradamente abiertos los ojos — terriblemente desfigurados ahora — se llevó las manos al corazón, vacilando. Quiso desprenderse de algo, arrojarse algo de su cuerpo, pero no pudo y cayó. Muchos gritaron y corrieron atropelladamente hacia la tarima, derribando sillas, mesas y vasos y rodearon su cuerpo exánime. Alguien se inclinó, separó no sin esfuerzo sus manos y arrancó, rojo de sangre, un pequeño cuchillo de su pecho.

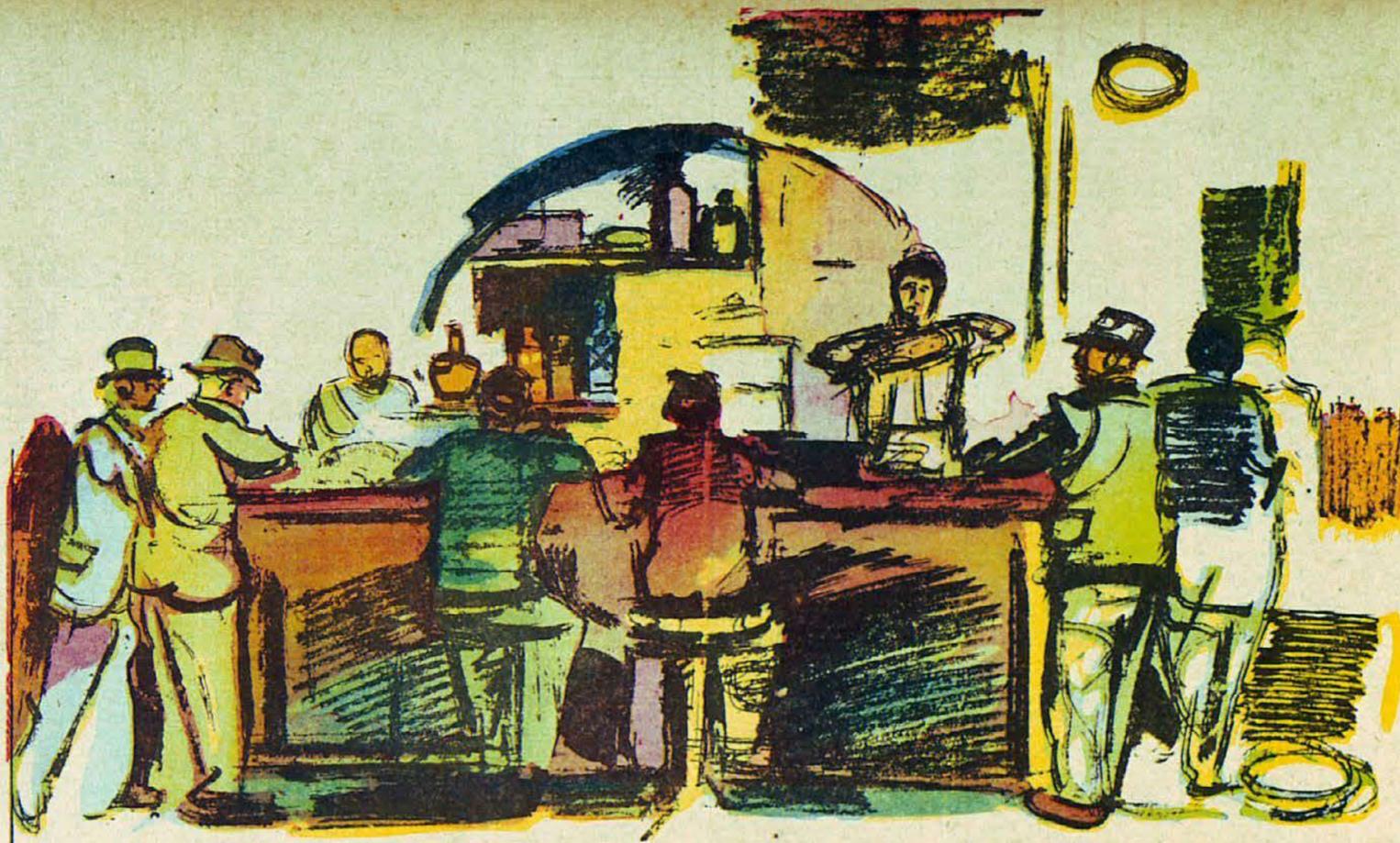
Rock y Joe salieron lentamente, tratando de abrirse paso entre los que iban y venían gritando y atropellándose. Una vez fuera emprendieron la marcha hacia el muelle. Tras ellos quedaba el rectángulo de luz que proyectaba sobre la calle y la noche la puerta de la "Black Star" y los confusos gritos que aún se oían. Al llegar frente a la "Mary Allison", Rock volvió la cabeza. Vió correr algunos hombres en dirección a la taberna y hasta él llegaron todavía como un eco, apagados gritos y rumores. Los mástiles de la "Mary Allison" apuntaban a lo alto, a las estrellas, y su pesada moiré parecía apoyada sobre el muelle. Soberana y satisfecha en la noche, Rock subió primero la planchada. Joe le siguió.

—Ninguna mujer... — murmuró —. Ninguna mujer podrá nunca... Apreté sus dientes, y su boca se torció con un gesto de desprecio y rabia. Sus manos estaban fuertemente aferradas a la borda de su querida "Mary Allison". Pero aquella presión era, también, como una caricia.

La "Mary Allison" navegaba rumbo a Calcuta, ligera, orgullosa, abriendo el mar bajo la luna. Rock echó a andar hacia popa con firme paso. Era feliz. Sentía bajo sus pies el piso de la cubierta como un contacto saludable, permanente e íntimo, y veía huir, abajo, a su lado, las verdes aguas del Indico. Cuando llegó a la popa, se cruzó de brazos sobre la borda y quedó mirando, como muchas otras veces, la blanca estela que iba dejando el barco en el mar como una fugaz señal de su paso.

Clarence Rock amaba a esa estela. Nunca supo por qué; nunca averiguó por qué; nunca se tomó el trabajo de pensar por qué. Pero Clarence Rock sentía que toda su vida estaba en esa estela.

ENRIQUE MALLEA



PRESCIENCIA

Los espejos y la paternidad duplican al hombre. -- J. L. B.

POR

SANTIAGO DABOVE

ILUSTRACION DE PAPPAGNOLI

ni tocado superficie, al tratar de rescatar el aro, y que tampoco los sentía mojados ni lastimados.

Aunque el gin me hiciera considerar todo esto como algo aceptable y no del todo absurdo, volví al mostrador con una cara entre sonriente, admirada y conternada y el ánimo dispuesto a la confianza, como el que acaba de descubrir un gran secreto.

Cuatro de los seis enlutados se habían ido: era un alivio del luto.

"Gin fizz", pedí, y mientras lo preparaban me pareció que un gran cambio se estaba produciendo en las condiciones atmosféricas y aun geológicas de nuestro territorio. Me parecía extraño que nadie notara nada. Para mí sentir íntimo, la electricidad hacía rato que actuaba, tironeaba y enloquecía de tal manera que me admiraba la inensibilidad general. ¿Cómo no iba a sentir, si siempre fui al par que el primero en apreciar lo cómodo y favorable, un "sismo-grafo" para todo lo incoómodo, lo bárbaro de la naturaleza y sus modificaciones humanas!

"Señor, aquí está el gin fizz" — dijo el barman.

Llevé el vaso a la boca y quedé encantado de que todos los que estaban cerca, unos cuatro o cinco además de los mozos, admiraran mi modo de beber. Porque todos tenían los ojos fijos en mí además. Pese al dejar el vaso en el cine, advertí el motivo de la curiosidad: mi mano derecha, especialmente en las puntas de los dedos y nudillos, estaba revestida de una delgada capa de metal plateado, igual que si la hubieran sometido a la galvanoplastia.

"El señor ha andado plateando algo hoy en la casa", dijo José, el mozo.

Recién observé yo también, intrigado y curioso, la novedad. ¿Cuál era la causa de que tuviera una manopla de armadura? ¿Sería esto del mismo origen que mi espejo cayendo en un espacio inconcebible? ¿O la electricidad, el azogue, el efecto de un rayo lejano a través del vidrio? No pude dar, pero no me preocupé; creo que en ese momento no me hubiera inquietado aunque me viera cubierto de sangre.

"Prepáreme otro cocktail, dije al barman, mientras voy a ver este ojo que me llora", y me dirigí nuevamente al espejo.

"Pero... ¡parece mentira que esta gente no se da cuenta de lo que va a suceder!", pensaba mientras me enjugaba con el puñuelo la incoómoda lágrima delante del espejo que estaba a alguna distancia y frente al mostrador del bar. La irritación de los ojos parecía



La sensación general era de opresión. El día se había mostrado implacablemente caluroso, la baja presión atmosférica, el enrarecimiento excesivo del aire, "gravitaban" sobre los pechos. Los más sensibles experimentaban algo semejante a la angustiada distensión y aun licuefacción de nervios que parece sentirse en los ataques de histeria. Todos deseaban la lluvia, pero "se sabía" que no cambiarían las condiciones del tiempo por cierta claridad y refulgencia tercas de la atmósfera.

Puesto que vosotros no sois ni curas predicando, ni militares exigiendo disciplina, ni malevos desdichando la vida, me perdonaréis que os diga que soy un "supersensible". Y que estas condiciones de humedad de la atmósfera y viento norte — ¡símbol americano! — hacen de mí un pobre ser, cuya filosofía se diluye en superstições, cuya razón patina hacia la demencia mientras sus sentidos se afectan e ilusionan en tal forma por exceso de agudización, que me parece ser en tales momentos un globo sin envoltura, gas incoloro e inodoro, imposible de percibir y fotografiar, ni siquiera por el olfato que también tiene sus retratos pituitarios, su colección de antepasados: olores impresionantes e históricos.

Bien, este deseo o desagrado de no evitar los árboles, las personas y otros obstáculos que encontraba en el camino, me empezó a revelar lo ingobernable de mi estado. Saqué un envase de bolsillo para verme una lágrima incoómoda que corría y se renovaba sin sentimiento, del lagrimal a la mejilla. ¿Cómo se sabría que hay un espejo si no se vieran los bordes? ¿Si fuera espejo siempre, frente al más dilatado horizonte?... ¿Dónde puede haber un mundo, la superficie debe ser sólo un obstáculo que alguna vez franquearemos para encontrarnos con nosotros mismos.

Aunque me entretenía a ratos con ésta y otra fantasía, mi angustia aumentaba. Caminaba cada vez más despacio por aquella calle principal de Mendoza, hermosa ciudad donde vivía sin aprensiones y nada me molestaba excepto las malas pasadas que solían jugarme los nervios. De vez en cuando miraba hacia arriba como pidiendo cabos de donde asirme igual que si anduviera en un ómnibus sacudido. Desaba también no sudar porque recién me había bañado y cambiado de ropa. En el espacio vi unos relámpagos sin nubes y sin trueno, como algunas veces acontece en verano, en días electrizados y bochornosos.

Entré en un café que conocía y frecuentaba. Antiguo café tipo madrileño, con muchos espejos y asientos forrados en terciopelo que iban cortados junto a aquellos.

Antes de sentarme para pasar un rato, y en el deseo de ser servido pronto, me encaminé al bar. Junto al mostrador había varias personas de pie, bebiendo y conversando. Casi sin querer, y sin mirar los rostros, porque en ese momento sentía cansancio del espectáculo humano, observé que la mayoría de los que allí estaban, llevaban luto, ese luto de los brazaletes y de las cintas negras aplicadas a la solapa, más ostentoso, si se quiere, que el antiguo. ¿Pero, no es raro esto? Entre ocho personas, seis de luto bebiendo en el mismo mostrador, sin ser parientes. ¿No es raro? Coincidencias como ésta se darán, pensaba, una vez cada varios siglos en las ciudades. Ellos, atentos a sus cosas, a su verba y bebidas, ni siquiera habían echado de ver la casualidad que los reunía. Bien, pensé, aunque ellos estén de luto por sus propios difuntos, uno cada uno, todavía se me ocurrió que estaban enlutados por alguien, por algo impersonal, abstracto, que ellos quizá no conocían y que iba a morir.

¿Por quién estarán de luto estos ostentosos?, me decía.

Varios a ver — continué — "sin mente". Todo hombre cuya fisiología cerebral sea correcta, tiene que reaccionar si se pone en contacto con una buena copa de gin llena hasta el borde. Me hice llevar una. Iba a tomarla cuando recordé que es mejor mezclar el gin con soda, por lo cual eché el gin en un vaso más grande y agregándole el líquido gaseoso, lo bebí todo de un sorbo.

"Bueno para el calor, señor Maule", oí que me decía José, el mozo, al que conocía y había otorgado confianza.

Nada respondí, a no ser un leve asentimiento bastante forzado, una mueca. Me parecía que estaba pasando un momento decisivo en mi vida, algo como un principio tan disimulado de la agonía, que nadie se daba cuenta, y por otra parte, ni yo mismo quería atraer un interés o atención médica, amistosa o de cualquier índole sobre mí, para evitar precisamente la conciencia clara y dura de que mi vida sería modificada por una cosa tan fuerte como la muerte, pero que no era precisamente la muerte.

De esta manera crecía en mí la incertidumbre.

Vosotros, los que no tenéis típic ni achaques, podéis reiros. Sois sanos. ¡Si, ríais muchachos llevando un luto que quizá no sienten y dediendo al recién venido!

Yo pensaba ahora de manera infantil, impersonal:

Este recién llegado, tomará un nuevo gin con soda, y luego verá lo que es posible hacer antes de... ¡Oh, no, hay que reaccionar frente a este estado de neurastenia, de histeria que, ni una mujer... ni una mujer...

La lágrima amarga seguía chorreando del ojo, sin sentimiento. Picazón y sensación de arena me hicieron pensar en conjuntivitis. Me aproximé a uno de los espejos del café, que abarcaba toda la hoja de una puerta interna. Llevaba en la mano mi espejo de bolsillo, pequeño y redondo, circundado por un aro de hierro.

Me miré alternativamente en el espejo grande y en el chico. Encendí también un fósforo. Sin explicarme por qué, me puse el espejo chico como monóculo en el ojo derecho.

¡Ah!, no hagan éste nunca los que no quieren saber el misterio y al flequeo que encierran los espejos. El vértigo, diría más bien. O, haganlo, si se empeñan, pero reflexionen e informense antes para comprobar si en sus mentes no ha sonado una hora peligrosa. Esta experiencia revela, sin duda, lo ignoto de la esencia del espejo, y su capacidad infinita para contener lo uno y lo múltiple.

En la imagen más lejana vi un oto náufrago: el mío. Mi antiguo espejo de bolsillo temblaba en mi mano, y, con estupor vi de pronto que mis dedos rodeaban sólo el aro de hierro. Miré a mis pies y alrededor y, no pudiendo encontrar el disco plateado — ¡qué fastidioso! — allí, allí mismo tenía que haber caído — me quedé con el aro un buen rato, como un soso que espera una carrera de sortija. Pero como mi mano temblaba, igual que cuando se va a disparar sobre algo vivo, los dedos despidieron sin querer el aro que fue a dar sobre el espejo y, en vez de rebotar, empezó a hundirse en él, igual que una corona de hierro en un estanque. Tiré un manotón para atrapar el objeto, pero, sin dudar por el peso específico del metal, éste se hundió rápidamente, haciéndose cada vez más profundo.

Estoy viendo visiones, pensé, pero un poco después me estremecí al comprobar que mis dedos no habían encontrado obstáculo,

increpar el mismo que el mareo y de presión nerviosa.

Eché todavía una ojeada buscando el disco perdido, aunque sin esperanza de encontrarlo. Fastidioso y con la mente presa y cargada por este irritante enigma, me di vuelta con torpeza y casi tratabiendo para volver al mostrador del bar. Me di vuelta, digo, pero echando de reojo una última mirada al espejo de esa puerta que me tenía intrigado. Contaré las cosas tal como las vi, aunque no me acuerdo si me apresuré a alcanzarme la copa pedida, me pregunté si me encontraba mal.

"Mal, mal, yo no, dije. Me encuentro bien y mal... pero no entre San Juan y Mendoza".

"Oh, no, señor!, ¿cómo puede usted pensar que...?" (Yo tenía fama de firmeza en las piernas, en ese bar.)

"Señor Maule, lo que hay es que usted siente la pesadez del día y de la tarde. En un día como éste, el año pasado, va a ver usted, mi mujer..." (y empezó a contarme una complicada historia; ya sabía cómo son de complicadas las historias de las gentes sencillas).

Aunque tomé un interés extraordinario en lo que el mozo me decía, apenas comprendía su relato. Es decir, comprendía bien, pero otras percepciones me ocupaban. Como si estuviera a distancia, me veía a mí mismo, al mozo y a los concurrentes que quedaban. Cuando me veía claro, la agudeza de entender, "de hacerme cargo" en la conversación, se embotaba. En cambio, cuando entendía la complicada historia del mozo, lo veía todo borroso. Parecía la percepción de un ser desdoblado.

¿Nunca os ha acontecido, queriendo atender una conversación, pretender oír otra igualmente interesante? Bueno, así, semejante a ese, era mi estado mental, con la variante o diferencia de que esto era una mezcla entre lo inteligible y lo visual.

El mozo continuaba:

"Y, entonces, como le decía, señor, al tomar mi patrona el brazo sudado del chico, con la mano también traspasada, éste zafó... y..."

No entendí más; sino un murmullo confuso. En cambio, empecé a ver a todos, incluso a mí mismo, de un modo neto, pero con cierta lejanía. No los veía actuar en la totalidad de su campo de acción. Veía, por ejemplo, entrar una piedra o brazo de ellos cuando se movían, luego desempeñarse en sus menesteres o paseos sin objeto, gesticular, hacer ademanes, y después desaparecer por el lado opuesto o por el primero en que entraron. Cuando fue llamado José por un cliente que se sentó en una mesa del fondo, vi primero entrar un lienzo blanco, una bandeja, luego al mozo apresurado y, por fin, un pie en flexión, para quedar limpio el fondo invariable de estantería, botellas y otros objetos.

Como mi torpeza para oír, entender, expresarme, y aun mi miopía circunstancial aumentaban, pues lo único que tenía en ese momento de clarividencia era una vista presbita, decidí alejarme, antes que el dueño, que parecía querer conversar conmigo en ese instante, creyera que estaba ebrio. ¡Puedo jurar que no lo estaba, a pesar mío, que deseaba el reposo semifebril y confuso de cualquier narcótico, de cualquier bebida que reemplazara al natural que no podía conseguir!

A pesar de mi estado deplorable conservaba predominando el sentimiento confuso, pero vivo de que algo terrible iba a ocurrir. No me pude contener y en un impulso altruista, viniendo mi reserva, discreción y temor al ridículo habituales, alcé la voz, y dije al patrón con acento de profeta, levantando un dedo:

"Cuidado, el enemigo está cerca. Tomen sus recaudos porque la paliza va a ser múltiple y floverán golpes por todos lados. ¡Las paredes y los techos golpearán!"

Me alejé, no sin vez en el rostro del patrón una conmiseración burlesca que parecía expresar: "pobre señor, está chiflado o ha bebido unas copas de más..."

Hesitando entre salir a la calle o volver por última vez al espejo que me tenía como un Narciso desesperado, me decidí por esto último. Con miedo adelantaba presintiendo una broma lúgubre. ¿Brona, por qué, de quién?... y bien, de nadie, del Destino que es tan bromista y milagrero y tiene chanzas tan horrosas.

Al aproximarme, mi ojo no notaba más, estaba seco. Ya un poco más cerca vi adelantarse mi figura, que parecía cambiar y aversejar. Cuando me pude ver bien cerca, descubrí a un viejo pálido, platinado, que se parecía mucho a mí y cuyo rostro de momia tenía un precario aspecto de vida. Estaba vestido con una armadura tan bruniada que se identificaba casi con el azogue del espejo. Antes de hablar adelantó su mano revestida de una manopla que brillaba como plata. Más bien que oír, advertí en sus labios estas palabras:

"En 1860 morí con la Ciudad. Fue el último en perecer y pude ver el dolor de mis hermanos. El Ser es uno y la Vida es una. Y, ahora, típaté los ojos porque lo que vas a ver es muy penoso".

En ese instante empecé a oír un espantable ruido subterráneo. Era como un trueno ahogado que aumentaba de manera incansante. Miré al espectro y vi sus ojos seniles, húmedos de las lágrimas de la vejez, pero que miraban impávidos fuera de la vida y sus terrores. Sentí oprimirse el pecho, luego angustia y espanto me poseyeron. Era necesario huir, salvarse como en los sueños, cuando uno por exceso de terror, inventa el vuelo, antes de ser atrapado.

¿A dónde ir? Allí en el espejo había alguien que parecía libre de toda contingencia. Entré en el espacio tranquilo, di la media vuelta inexplicable que me colocaba de frente al drama y fuera de él. Yo era único ahora en ese espacio sereno, ideal.

"Desde allí" pude ver el efecto de los terribles remesones. Las paredes se agrietaban, los techos caían, todo se quebraba y dislocaba. Yo veía consumarse toda esa espantosa ruina, caer los ladrillos y tirantes y ¡cosa inexplicable! los parroquianos, el barman, el dueño, los mozos, permanecían serenos e imperturbables.

Entonces, recién entonces, pensé: "Ellos están en peligro mortal y su indiferencia no está justificada. Pero... ¡si lo está!... En este caso... es mi razón la que se reduce a escombros".

LOS PIRATAS DEL «PANDA»

El día 2 de marzo de 1886, los escasos pasajeros que se erraban por los muelles de Boston fueron testigos de una extraña escena. Dos veleros de tres palos entraron en el puerto casi al mismo tiempo, viniendo de direcciones opuestas del horizonte; pero mientras uno de ellos estaba aún a la entrada de la bahía, el otro iniciaba ya las maniobras de amarre.

Este último atrajo en seguida la atención. Desprendiéndose de él esa desolación misteriosa, común a las naves que fueron teatro, en alta mar, de alguna terrible aventura. No quedaban canoas a bordo, y fué la lancha de la aduana la que debió ir en busca de los pasajeros y el equipaje. Extraños pasajeros, sin duda alguna! Extraño equipaje! Todos tenían miradas de dementes, y estaban casi muertos de hambre y de sed. Había ocho pasajeros: cinco mujeres y tres hombres, eran mejicanos, y muy ricos, a pesar de las extrañas ropas que los cubrían.

Se supo que habían sido atacados por piratas y que la nave fué saqueada, hasta sus cimientos. Más aún, resultó evidente que los piratas habían quitado a las mujeres hasta sus prendas más íntimas, pues una de ellas, la criada, llevaba por única ropa la mitad de una sábana enrollada alrededor de su cuerpo.

El capitán de puerto, atraído por el misterio, acudió presuroso. Un grupo de curiosos rodeó a los héroes — o más bien las víctimas — de tan sensacional aventura. La relación del drama, ocurrido tres días antes, llenó de una generosa indignación a todos los presentes. El «Aguila», navío mercante de bandera me-

El grito de la joven fué seguido por un profundo silencio. — ¡Son ellos! ¡Allí están! — gritó Martínez tomando al capitán del puerto de un brazo y señalando el grupo. Eran hombres de rostro patibulario, vestidos con una afectación de riqueza. Algunos hasta llevaban alhajas. Uno de ellos, con gesto vengativo, arrancó de su muñeca una pulsera y la arrojó al agua.

El equipaje y los pasajeros del «Aguila» reanudaron sus gritos. El capitán Segomio, dando prueba de un coraje tardío, avanzó hacia ellos pidiendo su detención inmediata. Mientras tanto el pequeño grupo de marineros, viendo que la muchedumbre se aproximaba hostilmente en torno suyo, optó por retirarse. Aseguraron que eran personas honradas, que nunca habían visto a esa banda de mejicanos en harapos, víctimas de un ataque de locura colectiva. Pidieron por lo tanto permiso para volver a su «brick» y no volver a oír más los gritos de una población demente.

Pero no sólo les impidieron realizar su propósito, sino que no poco trabajo les costó llegar a Boston. El que Isabel, la hija menor de Martínez, había recordado en primer lugar, era el único de la banda correctamente vestido y que habría podido pasar por un joven de buena familia. Los que lo detuvieron revelaron más tarde algunos ex-

que designara el lugar donde guardaba su dinero, si no quería morir degollado. Martínez se apresuró entonces a declarar que tenía treinta mil dólares encerrados en un cofrecillo de metal, y que los entregaba a cambio de su vida y la de sus hijos.

Los piratas prorrumpieron en alaridos de alegría, que redoblaron cuando Soto, el teniente, y Tomás Ruys, que fueran en exploración por el interior del buque, aparecieron con cinco mujeres.

El capitán Pedro Gilbert ordenó que trajeran un tonel de ron, lo cual fué cumplido al instante. Una ligera brisa había disipado por entero la niebla, y una suave noche de primavera envolvía lentamente todas las cosas. Los piratas, con derroche de burlas obscenas, jugaron las mujeres a los dados. Esa operación fué bastante larga, pero transcurrió en medio de la mayor cordialidad. Uno de ellos, posiblemente el contramaestre García, propuso que se arrojaran a todos los hombres al mar, a lo que el teniente Soto se opuso con destemplanado furor. Decidieron por fin encerrarlos en la bodega y resolver su suerte a la mañana del día siguiente.

Acto seguido los piratas obligaron a las cinco mujeres a emborracharse con ellos y vertiendo por la fuerza, en la garganta de las que se resistían, el contenido de la cantimplora

un hacha se levantó con el propósito de partirle la cabeza. Tomás Ruys se interpuso, interponiéndolo con tal volubilidad, que Pedro Gilbert acabó por tirar el hacha y volvió a ocupar su lugar junto al tonel de ron, mientras se tocaba la frente con un dedo.

Tomás Ruys ató los brazos de Isabel, la tomó bajo su brazo como un paquete y pasó, no sin dificultad, al puente del «Panda».

A la mañana siguiente, sin que nadie pudiera explicarse el por qué, los piratas en una hora en arrojaron el cargamento del «Aguila» al mar. Acaso Pedro Gilbert tenía la intención de guardar la nave y quería librarla del cargamento de madera que llevaba y que no podía serle de ninguna utilidad. Luego, en el corto lapso de media hora, transportaron al «Panda» todo cuanto había de valioso en el «Aguila». Tal vez habían divisado un velamen en el horizonte.

Isabel volvió como había partido la noche anterior, bajo el brazo de Tomás Ruys. Fué despojada, como las demás mujeres, de las ropas que le quedaban. Tenía el cabello en desorden, lleno de tierra y de ron, como si hubiese descansado por mucho tiempo sobre un piso manchado. Temblaba, y sus ojos reflejaban un espanto indecible. Fué encerrada junto con su madre, su hermana y a las criadas ebrias, en la bodega donde estaban los hombres, y cuyos paneles fijaron los piratas con clavos.

Angélica, la hija mayor de los Martínez, había conservado toda su presencia de espíritu. Se apresuró a entrar a los principales de la suerte que les esperaba. Había podido oír las órdenes impartidas por Pedro Gilbert. Los bandidos iban a prender fuego al buque para quemarlos vivos con lo que quedaba del cargamento.

Un marinero había logrado librarse de sus ataduras. Cuando todo volvió a estar en silencio a bordo del «Aguila», hizo saltar las tablas con la ayuda de sus compañeros. El fuego había sido prendido en tres puntos. Afortunadamente la gavilla de Pedro Gilbert había dejado intactas las bombas, y pudieron apagar el incendio cuando el velamen del «Panda» no había desaparecido aún por entero en el horizonte.

No obstante las pruebas agobiadoras, no obstante el testimonio formal de diez testigos, los piratas del «Panda» porfiraron en negar, con una obstinación desesperada. Seguramente pensaban que al negar, siempre subsistía una duda. Ninguna duda subsistió, sin embargo, y los siete acusados fueron condenados a la horca por la corte de Boston.

No cesaron de manifestar una ira sombría contra su mala suerte, maldiciendo su imprudencia al partir sin cerciorarse si el «Aguila» estaba enteramente consumida. Maldicían la coincidencia inaudita que los había hecho encontrarse cara a cara con sus víctimas en un muelle de Boston. Envidiaban a uno de sus compañeros, el único que había logrado escapar a la justicia. Era cierto Antonio, que había permanecido a bordo del «Panda» y que, al ver arrojarse a sus compañeros, se arrojó al agua y consiguió huir con su parte del botín.

Un curioso incidente producido durante el proceso reveló de manera palpable la suerte que asistía a ese Antonio, a diferencia de sus compañeros, a diferencia de un concurso de circunstancias tan hostiles.

Como el presidente del tribunal pronunciara su nombre, fué visible que los ojos de los siete acusados se posaban sobre un personaje sentado en la primera fila de bancos reservados para el público.

Ese personaje era un hombre obeso y sonriente. Podía reconocerse en él a un marinero. Tenía las dos manos apoyadas sobre las rodillas y su rostro rubicundo era apacible. Se producía un gran silencio. De pronto, el hombre se puso de pie y sin abandonar su sonrisa jovial, se encaminó hacia la salida con paso mesurado, pero que hacía cada vez más rápido.

En ese preciso instante, Juan Montenegro se inclinó hacia adelante y gritó con voz estentórea: — ¡Antonio, huye!

Hubo en la sala gran remolino y el presidente, en medio de la batahola, ordenó que detuvieran al hombre. Acaso esa orden habría podido cumplirse, si Soto, alzando sus brazos maniatados, no hubiese traspuerto la baranda reservada al público. Era una tentativa imposible. Pero ella bastó para desviar la atención de los presentes y cuando el orden pudo ser restablecido, el imprudente y afortunado Antonio había desaparecido para siempre.

Se supo, al cabo de algunos días, que Soto y Tomás Ruys habían obtenido un sobreesamiento. Tomás Ruys no había cesado de librarse en su prisión a actos insensatos. Su exceso mismo hizo pensar que se trataba tal vez de un simulacro. Juan Montenegro y Manuel Castillo, sus compañeros de calabozo, pidieron ser separados de él porque, de noche, había aproximado silenciosamente a ellos y les había mordido las orejas.

La ejecución iba a realizarse el 11 de junio. Pero el cadalso inspiraba a los piratas un horror más grande que el de la muerte. La víspera de ese día, el contramaestre García se abrió las venas de ambos brazos con un trozo de botella. En el mismo momento, en otra celda,



Manuel Boyga, que había logrado ocultar en su saco un pequeño puñal de acero, intentó cortarse una arteria del cuello. Pero los guardianes lo notaron a tiempo. El médico de la prisión cosió sus heridas y las cubrió con un emplastro. Debían vivir para morir, el día siguiente, de manera ejemplar.

El cadalso había sido elevado en un campo desierto, detrás de la cárcel, no muy lejos del mar. Millares de personas invadieron los alrededores del campo, las callejuelas vecinas y los techos de las casas.

El gobernador encabezó un cortejo imponente. Tres religiosos católicos asistían a los condenados. Uno de ellos, el abate Varsilla, al llegar ante el cadalso, les dijo de manera perentoria: — ¡Españoles, subid al cielo!

El capitán Pedro Gilbert avanzó rápidamente y subió los escalones como si, en efecto, lo esperara un cielo paradisíaco. Los demás fueron más lentos. Manuel Boyga debió ser llevado en una silla, porque la pérdida de sangre lo había agotado. Pedro Gilbert examinó con suma curiosidad e indiferencia perfecta el mecanismo de la horca. Cuando hubo satisfecho su curiosidad, se quitó la corbata y la dió como recuerdo al intérprete Peyton, disculpándose por lo modesto del regalo.

Luego, tras de abrazar afectuosamente a su compañero Boyga, ocupó el lugar que le habían indicado, repitiendo en voz alta las oraciones de los tres eclesiásticos.

La muchedumbre a piñón a frente al mar puso a gritar: «¡Pronto! ¡Más pronto!» Los condenados debieron afligirse interiormente por premura tan extemporánea. La verdadera razón era, sin embargo, muy distinta de la que ellos suponían, pero sólo se hizo evidente después de su muerte y, por lo tanto, no pudieron conocerla.

Cada condenado a muerte tenía el derecho de formular una postrera declaración, siempre que los discursos no fueran demasiado largos. Los piratas fueron breves. No obstante ello, las voces, venidas de la misma dirección, se elevaban cada vez más numerosas: — ¡Pronto! ¡Pronto!

— ¡Oh, americanos! — dijo el capitán Gilbert —, nosotros no somos culpables.

— ¡Pronto! ¡Darse prisa! — respondió el clamor de la muchedumbre que no había oído nada.

El gobernador Sibley, indignado ante esa escandalosa e inexplicable actitud, gesticuló, gritó órdenes e invitó a los demás condenados a que se expresaran libremente y sin prisa, de acuerdo con el voto de la ley y con la solemnidad del momento.

Uno de los piratas sostuvo lo que no había cesado de afirmar durante el proceso: su perfecta inocencia. Lo dijo en voz baja, como si no diera a sus palabras mayor importancia. Ciertamente que en ese minuto no la tenía.

Boyga, completamente exangüe, ofrecía el aspecto de un espectro, del espectro de una persona muerta hacía mucho tiempo. Un estremecimiento de terror acudió a la muchedumbre, cubierto en seguida por los gritos: «¡Pronto! ¡Pronto!» Volvió a sentarse sin haber dicho una palabra, porque los espectros son silenciosos.

El director de la prisión cortó por fin la cuerda que retenía la plataforma y los cinco condenados que daban suspenso, cayeron en el vacío.

Cuatro de ellos perecieron casi instantáneamente. Pero García proporcionó instantes de emoción memorables a los que acudieron para disfrutar del sufrimiento de uno de sus semejantes. Su agonía duró tres minutos, durante los cuales el público se vio recompensado con creces por su larga espera. Sus amplios hombros, su barba cuadrada y su pequeño talle suspendidos en el aire le hacían parecerse a un enano grotesco, una caricatura de humanidad tan miserable, que los espectadores debieron tener corazones de piedra para no gritar de asco.

Sólo cuando hubo saboreado la escena en toda su plenitud, pudo comprender por qué los asistentes apiñados del lado del mar habían apurado con sus

gritos al ejecución de los bandidos. Era la hora de la marea y no contando con ceremonia tan larga, habíase instalado en un terreno que las aguas, en su reflujó, invadían. En un principio las olas sólo les lamieron los pies. Luego el agua les llegó a las rodillas y poco después a la cintura. Estaban tan apretados que sólo habrían podido salir del trance abriéndose paso entre los que querían gozar tranquilamente del espectáculo. De ahí los gritos de «¡Más pronto!» Esperaron el último estremecimiento del último condenado para abandonar su incómoda posición.

«¡Era tiempo! Las olas pasaban casi por encima de las cabezas y ciertos padres que habían cometido la imprudencia de traer a sus retoños, sin duda para mostrarles el triunfo de la justicia, se vieron obligados a alzarlos en el aire para protegerlos del agua. Pudieron ser salvados al cabo de no pocos esfuerzos.

El abate Curtin, que asistiera a los piratas y era hombre venerable, pero parafójico, alteró la placida atmósfera de Boston afirmando que esos españoles, en resumidas cuentas, habían sostenido durante todo el proceso que no eran culpables, y que subsistiría siempre una duda.

Agregaba que habían muerto reconciliados con Dios y que las almas enterradas en cadenas nunca mueren tan bien.

Sus discursos contribuyeron a crear en la opinión una corriente favorable a los dos sobrevivientes.

Soto guardaba en la cárcel la actitud de un hombre injustamente herido por el destino y que concebía un noble desdén por la humanidad. Tomás Ruys, por su parte, daba signos de una locura exagerada. Entonaba sin cesar himnos de un cinismo repulsivo. Agitaba un cohetor empapado en la sangre de su camarada Boyga diciendo: «¡Esta es la bandera roja que izará en mi navío!»

Al cabo de cierto tiempo

acabaron por no ocuparse de ellos, y nadie supo cuánto ni cómo salieron de la cárcel. Pero su historia aún no había terminado.

«El Monitor de Boston», un año después de estos acontecimientos, contó que había abordado en un lugar desierto de las islas Bahama una canoa conteniendo varios viajeros casi muertos de hambre, de sed y de terror, de los cuales algunos habían sucumbido poco tiempo antes de tocar tierra. Todos tenían las orejas seccionadas. Explicaron que, salidos de la Habana en un navío mercante, habían topado en plena mar con un buque de piratas, y que su jefe, arrojándose sobre ellos, les había cortado las orejas de un solo golpe. Ese jefe, que sus compañeros llamaban Tomás, ordenó luego que los dejaran abandonados, sin víveres y sin agua, en una canoa.

«El Monitor de Boston» fué parco en sus comentarios. Formulaba vagas porque la policía marítima se ejerciera sobre las costas de América con la misma eficacia que en las costas de África por la marina inglesa, y seguidamente emitía rápidamente la hipótesis de que ese capitán Tomás era tal vez ese sujeto Tomás Ruys evadido un año atrás de la cárcel de Boston.

Es lícito considerar esas orejas como los jalones de una cadena indicadora y de ver en ella el testimonio sangriento de la existencia de ese Tomás Ruys, privado de razón. El hombre que en el curso de una noche de primavera ultrajó a la joven mejicana con la cruz de ébano, era seguramente el mismo que sometió a los viajeros venidos de la Habana al extraño suplicio de cortarles las orejas.

Acaso un conocimiento más vasto de las aventuras marítimas y de los crímenes de piratería permitirían descubrir, en los años que siguieron, otros vestigios de esa sangrienta locura. Pero tal vez, como ocurrió con tantos aventureros del mar, la carrera de Tomás Ruys fué interrumpida por una condena sumaria o por una tempestad en el golfo de México, cuyo relato se perdió en la noche del tiempo.



icana, había tomado a bordo, en Veracruz, al señor y la señora Martínez, sus dos hijas, dos sirvientas mestizas y dos criados negros.

El «Aguila» habíase encontrado en alta mar con el buque pirata el «Panda». El capitán Segomio se entregó al instante, por carecer de armas, si bien el número de los agresores no pasaba de ocho. No obstante esa rendición sin combate, la conducta de los piratas fué atroz.

Equipaje y pasajeros describieron con lujo de detalles actos de una inconcebible barbarie. Habían sido encerrados todos en una bodega y los piratas prendieron fuego al buque. A no ser por la fuerza hercúlea de un marinero que pudo humir un panel de roble, todos habrían perecido. Pero no se redujo a eso la crueldad de los agresores: la hija menor de Martínez, una doncella muchacha de veinte años, trataba en vano de esconder unas mareas de dedos y de unas uñas en sus hombros, y su oreja derecha estaba casi enteramente arrancada. Sólo ella guardaba silencio.

El capitán del puerto invitó a los pasajeros y los tripulantes del «Aguila» a ir a su oficina para que hicieran una relación escrita de lo sucedido y revelaran cuanto supieran sobre la nave pirata. Esa oficina daba sobre el muelle, a unos cien metros apenas del lugar donde se hallaban en ese momento. Se pusieron en marcha, seguidos por una muchedumbre ya considerable.

Le pronto se oyó un grito de terror, de horrible entonación, que inmovilizó al gentío. Lo había proferido la hija menor de Martínez. La vieron entonces señalar a un hombre que, saliendo de una canoa, acababa de saltar sobre el muelle. Hacía precedido de un pequeño grupo de marineros. La canoa provenía de un «brick» de escaso tonelaje, que había atracado sólo algunos minutos después del «Aguila». Meclase suavemente en el agua del puerto, y sobre su flanco destacábase, muy visible, esta palabra: «Panda».

traños aspectos de ese singular personaje. Así, mientras se le hablaba, tenía la costumbre de mirar las orejas de su interlocutor, primero la derecha, y luego la izquierda. Pero a nadie se le ocurrió en un principio relacionar ese hábito con la oreja casi despegada de la joven Isabel.

Eran las cinco de la tarde y el «Aguila» navegaba en medio de una espesa niebla.

— Encienda el farol de proa, gritó el capitán Segomio.

Una voz venida no se sabe de dónde, respondió: — ¡Tiempo perdido, capitán: ya los hemos visto.

El «Panda» emergió súbitamente de la neblina y abordó al «Aguila». Largos ganchos aferraron la borda, y ocho hombres saltaron sobre el puente del buque.

Antes de que el capitán Segomio hubiese podido saber lo que ocurría, se vio apuntado por un trabuco, tan grande, afirmó, que habría podido meter en el tolo la cabeza. Gritó entonces que se entregaba, y como sus marineros, atraídos por la baranda, aparecieron sobre el puente, le s ordenó que no opusieran resistencia.

Todos obedecieron, y fueron atados con una brutalidad que su buena fe no justificaba. Lo mismo hicieron los piratas con Martínez y sus dos negros.

El comerciante mejicano declaró en un principio que no poseía ninguna suma de dinero. Pero estaba en manos del contramaestre García, hombre de fuerza impresionante a pesar de su baja estatura, y cuyo rostro, encuadrado por una barba negra, estaba desprovisto de humanidad. Abrió una gran navaja de resorte y la accionó al cuello de Martínez, aconsejándole

que se presentaban el uno al otro entre grandes risotadas.

Una de las criadas oestizas, casi loca de terror, optó por acatar dócilmente la imposición de sus verdugos, y bebió todo lo que quisieron. Declaró más tarde que sólo a la mañana siguiente pudo recobrar la conciencia de lo que transcurría a su alrededor.

Isabel, de naturaleza muy piadosa, se hincó de rodillas, poniéndose a rezar en voz alta. Su rezo la absorbía al extremo de hacerla parecer presa de éxtasis. Era hermosa, pero de una belleza ideal que no pareció ser muy del agrado de los piratas. Sólo Tomás Ruys no la perdía de vista y la ruidaba con actitudes de alucinado.

Los dados la habían entregado para la noche a cierto Juan Montenegro, hombre simpático y grosero. Cuando se aproximó a la joven y la tomó por los hombros, Isabel pareció salir de un sueño y tendió hacia él una cruz de ébano suspendida de su cuello por una cadena, al tiempo que pronunciaba el nombre de Jesucristo.

«¡Fué el fulgor de la cruz o la luz deslumbrante de su mirada? El caso es que el hombre retrocedió y no volvió a acercarse a ella. Pero a Tomás Ruys, que formaba parte de los tres forajidos a quienes la suerte no había acordado ninguna mujer, no lo detuvieron ni la cruz ni la tímida mirada de la joven. Arrancó la cruz de sus manos y, de un solo golpe de su navaja, desgarró el vestido de Isabel hasta la cintura.

Pero entonces la desdichada proferió gritos tan desgarradores que los piratas, entregados a la bebida, se sintieron molestos. Pedro Gilbert, armado de

BERNARDO HAEDO

Ilustración de Rojas

Agregaba que habían muerto reconciliados con Dios y que las almas enterradas en cadenas nunca mueren tan bien.

Sus discursos contribuyeron a crear en la opinión una corriente favorable a los dos sobrevivientes.

Soto guardaba en la cárcel la actitud de un hombre injustamente herido por el destino y que concebía un noble desdén por la humanidad. Tomás Ruys, por su parte, daba signos de una locura exagerada. Entonaba sin cesar himnos de un cinismo repulsivo. Agitaba un cohetor empapado en la sangre de su camarada Boyga diciendo: «¡Esta es la bandera roja que izará en mi navío!»

Al cabo de cierto tiempo

El Nuevo Rico ★ por Héctor Rodríguez



BERNARD SHAW EN PERSPECTIVA

ALGUIEN me sugirió que recordara mis antiguas controversias y que publicase esas reconstrucciones en una serie de artículos, bajo el título de "Segundos Pensamientos". Si son buenos o no los segundos pensamientos, lo ignoro, pero como que no son brillantes. Generalmente no se nos ocurre que la palabra "revisión" contiene la palabra de "lumbadora": "visión". Y puede acontecer que ella sólo sea la primera impresión de un pobre literato sobre el tópico (algunas veces) dramático de la literatura de su época. Pero si los segundos pensamientos no son siempre los más brillantes, puede afirmarse que siempre son los más amplios. Al hacer estas notas sobre las últimas obras de Mr. Bernard Shaw, veo lo que me ha ocurrido en el caso de toda mi vida, y la táctica consistió siempre en tratar de envolverle el flanco y de acorralarlo al enemigo, es decir, consistió en ser más amplio que él.

El primer placer de este encuentro me lo proporciona la ocasión de poder felicitar a Mr. Bernard Shaw por el hecho de que no sólo vive vigorosamente, sino que patea vigorosamente. En ciertos casos como en el del capitalismo, creo que está pateando lo que merece ser pateado. En otros casos, como en el del catolicismo, creo que patea con el aguijón; tal como en el camino de Damasco, otra persona muy discutidora. Con todo, no deja de tener su encanto el exponerse, después de tantos años, a ser pateado por alguien que aun es capaz de ejecutar ese gesto tan olvidado. Y lo primero que debe ser aclamado, con una especie de alegría abstracta por todos aquellos que se interesan en la vida, en la energía gozosa y el entusiasmo con que G. B. Shaw ha recorrido el largo trecho de la suya. Sigue triunfando con el triunfo más natural y noble del hombre: la alegría de la vida por la vida misma. Esta victoria compensa todo lo que se le pueda criticar en su faz meramente teórica. Bernard Shaw es un viejo que sigue siendo joven en una época cuando los jóvenes son casi todos muy viejos. Sus excentricidades negativas han de tener su verdadera razón de ser cuando él está alegre con repollo y agua fresca, mientras hombres que podrían ser sus nietos se muerren de tristeza sobre sus cocktails y su champagne. Y si en todo sentido podemos llamarlo un escéptico, nadie podría tacharlo de pesimista; y él ha vivido para ver una raza de jóvenes que son tan pesimistas que ya ni pesimistas se creen. Para su mayor gloria hay que afirmar que, significase lo que significase, ser pacifista durante la gran guerra, él nunca fue derrotista en la guerra sagrada que es la lucha de la vida. Esperanza, convicciones firmes, espíritu batallador — no abundan tanto en la juventud de hoy, como para dejar de reconocerlo y alabarlas cuando las encontramos en el principal veterano literario de la época.

La segunda gran cualidad que siempre ha tenido y que no ha perdido es esta: y es paradójica: ha defendido grandemente las llamadas ideas modernas y a pesar de ello no es absurdo. Las susodichas ideas ya tienen casi dos siglos de edad, cuando no son sencillamente tan viejas como el mundo, pero cuando algún otro las expresa, su aburrimiento es devastador. Shaw rarísimas veces se ha permitido ser absurdo, porque cultiva cierto arte de matizar que puede llamarse el ataque por sorpresa. Sitúa la antigua fortaleza de convicciones o convenciones, pero nunca la escala por el mismo costado que sus otros enemigos. De esto es un ejemplo excelente su drama "Santa Juana". El mundo está atestado de una infinidad de obras absurdas sobre el tema anticlerical, desarrolladas en Inglaterra, donde se inclina a la popular y patriótica heroína. Por eso es un soplo de aire fresco encontrar un anticlerical lo bastante talentoso como para basar su tesis en la defensa de los clérigos, en vez de acusarlos. De ahí Shaw dedujo que el clericalismo no pudo dejar de condenar a la heroína, porque una heroína tenía que ser hereje.

El argumento nuevo es tan falaz como el viejo, pero qué alivio encontrar un moderno que tiene verdaderamente un argumento nuevo! Pues descartando esta encandorada perversidad de G. B. Shaw, los modernos han hecho del mundo moderno un desierto de monotonía terrosa y de pesadimas repeticiones. Shaw dice aún muchas pavaditas, y me temo que algunas sean pavaditas serias, pero siempre hay en ellas un desafío que nos despierta en vez de hacernos quedar familiarmente dormidos. Nunca oírán a esa simpática voz irlandesa decir, unida a cien otros en la tribuna o en el alto parlante: "La mente moderna ha sobrepasado los credos y los dogmas así como ha sobrepasado el canibalismo, la tiranía de los Leonardo's y las instituciones inaptas a nuestra condición actual..." Nunca la oírán articular esas antiguas y casi patéticas palabras de que: "debemos recordar que nuestros antepasados quemaron brujas y toleraron la esclavitud hasta que el genio de John Brown y de Abraham Lincoln..." No, si Bernard Shaw dijese algo sobre los Estuardos o las brujas o los negros, por lo menos no sería

lo que diez millones de seres han dicho antes que él.

Como he surgido, leve y hasta irresponsablemente, no tengo la más mínima intención de seguir paso a paso, tal como lo haría un biógrafo fiel, la carrera de mi héroe. Me interesa demasiado lo que él significa para prepararme de todo lo que dice.

En una obra como "Matrimonio" demuestra que el drama puede ser dramático más por el diálogo que por la acción. Pero esto es sólo otra manera de afirmar que los debates públicos son populares. Y si las masas van a oír a los líderes políticos discutir en sus tribunas diferencias irreales, no hay por qué extrañarse de que vayan a oír a un hombre de genio exponer sobre el viejo tinglado diferencias reales. Demostró su talento en la trata ya mencionada, en la del ataque sorpresa, al hacer que el ataque al matrimonio proviniere no de un amante libre, sino de un sacerdote soltero. Pero también demostró su ignorancia del credo sostenido por el sacerdote soltero. "La Primera Comedia de Fanny" tenía cierta frescura expresada en su título; pero no fue ni la primera ni la última comedia de Shaw, ni señala en su obra una transición, ni una dirección fundamental. Las dos obras que en ese sentido representan algo importante son "Santa Juana" y "El Carro de Manzanas".

"El Carro de Manzanas" es importante porque demuestra hasta qué punto su autor se adelantaba a los "progresistas"; cuánto más moderno es que los "modernistas". Se ha dado cuenta que lo verdaderamente moderno es la monarquía. Eso no implica en lo más mínimo que por ser moderna es buena. Nunca acepté la democracia sólo porque era moderna; y no aceptaré la monarquía por una razón tan sin razón. Quizá no sea muy importante estar "al día", pero por lo menos Bernard Shaw en su ancianidad está al día. Comprende los cambios y las exigencias políticas de nuestro tiempo. Horripiló a los demás socialistas al expresar su aprobación al fascismo. En realidad su última frase política parece ser en rasgos generales un aborrecimiento de la anarquía, y una disposición a aceptar todo lo que pueda reducir a un orden racional, sea éste el fascismo o el bolchevismo... En su "Carro de Manzanas" evidencia muchas verdades que el convencionalismo de sus críticos meramente

Ya me referí a "Santa Juana" donde cualquier ateo hubiese podido hacer un elogio de la santa, pero donde únicamente Shaw pudo hacer una defensa de la Inquisición. En cuanto a su intento de encontrar en Juana de Arco una protestante, creo que bastaría con preguntarle por qué no escribió sobre Juana Southcott. El hecho es que nosotros vemos la diferencia entre una Juana y la otra, no por que hayan o no hecho uso del juicio privado, sino por el hecho de que la historia y la humanidad han dictaminado cuál fue su relación exacta respecto al Juicio Final. Si nada externo puede hacernos juzgar entre Juana de Arco y Juana Southcott, entonces la una puede estar tan en lo cierto como la otra. Si nuestro más brillante bolchevique recuerda a la de Arco después de quinientos años y olvida a la Southcott después de cien, es porque existe algo superior al juicio privado: el juicio público. El juicio del mundo, sino el juicio

de la Iglesia. Pero es un hecho que en el caso de Juana de Arco el juicio de la Iglesia se adelantó en el juicio del mundo.

No afirmo, como ya lo he dicho anteriormente, estar justificando en particular esos triunfos dramáticos. Me interesan otras obras que aun no he mencionado, porque me interesan las cosas básicas, tales como la teología. Y prácticamente todo hombre es un teólogo, aunque no sea un teista. El gran trabajo último de Shaw está en "Volvamos a Matusalem", donde dice que los hombres deben vivir trescientos años. Yo digo que si él viviese trescientos años sería católico.

No veo ninguna razón para retractarme, ni aun para revisar lo que podría llamarse la tesis básica de mi libro de preguerra sobre Bernard Shaw, ella es que, además de todo lo que puede ser Shaw, es un huérfano. En la imagen de ese niño sin madre, cuyo rostro se vuelve patéticamente hacia la luna entre los lentos copos de nieve que un melodrama victoriano, hay algo que seguramente atraerá de un modo sedante. Al decir esto no me refiero en absoluto a su origen ni a la clase media de Dublin que era muy respetable; demasiado, demasiado respetable. Y esto justamente forma parte de la cuestión, pues por el acto de nacer en Irlanda ya era un expatriado. Fue precisamente porque nació en el "Ascendancy party" de Irlanda que el destino hizo que se uniese al partido revolucionario de Inglaterra. Allí donde nació hubiese tenido que ser un "Unionist"; tuvo, por lo tanto, que buscar un país extraño — muy extraño — donde poder ser revolucionario. Creo que más o menos en la misma época nació en la clase media de Dublin otro hombre que aceptó su destino homérico y surgió bajo el nombre de "Northcliff". Bernard Shaw, por lo menos, escapó a la predestinación calvinista que se ha convertido casi totalmente en una especie de "torismo" suburbano. Huyó a Inglaterra, al país de los "sportmen", donde hasta la revolución siempre ha sido un deporte. Pero el resultado fue que no nació realmente en ninguno de los dos países. Está tan vivo que podemos hacernos la ilusión de que no morirá jamás, pero sufre siempre, aun ahora en su magnífica ancianidad, de la fastidiosa omisión de no haber nacido nunca.

No haber nacido nunca quizá resultaría muy divertido, si pudiésemos vivir realmente entre las extravagancias exangües que Bernard Shaw trató de hacer atrayentes en "Volvamos a Matusalem", y que otro autor más joven y más avanzado trató de hacer repulsivas en "Brave New World", pero tal como están las cosas, hay algo equivocado en la noción universal de no haber nacido en ninguna parte. El niño perdido encuentra sus limitaciones; empero hay peores limitaciones.

El niño puede olvidarse de su familia; pero el huérfano se acuerda siempre de su orfandad. El hecho de estar perdido no le da libertad; no es un querubín que contempla el mundo desde las alturas. Ha nacido en una casa o en una fábrica; ha nacido en un hogar o en un "hogar". De ese modo el Pobre Expatriado de la Verde Erin (bajo esta imagen sentimental Mr. Shaw se reconocerá inmediatamente) comenzó a acumular sus primeras impresiones, y muchas de ellas quedaron grabadas hasta el fin. La broma fue que no eran viejas impresiones de Irlanda, sino nuevas impresiones de Inglaterra, o más bien dicho, de la nueva cuadrícula de los nuevos idealistas internacionales, truhanes y tramposos de todos los países, que siempre encuentran en Inglaterra su club favorito. Era también gente desarraigada, o para decirlo con otras palabras, el Club Comunista se parecía mucho a un asilo de huérfanos. Eso, digo creyéndolo, fue el punto de partida de Bernard Shaw, y es lo que aglora mucho de lo suyo. No partió de su casa sino del desamparo, no me refiero al desamparo de los pobres, porque los pobres se acuerdan del hogar que no tuvieron. Si Mr. Shaw en vez de ser hijo de un sólido matrimonio protestante que vivía en un barrio respetable de Dublin, hubiese sido el hijo de unos paisanos despojados de su choza en Connaught y destinados a vagar sin fin a través del mundo entero, hubiese sido el mayor campeón de la vida doméstica y de familia.

Podemos resumir lo antedicho sólo con una paradoja o con una doble exposición. Podemos repetir que B. Shaw no tiene contradicciones, y que, sin embargo son tradiciones las que lo embrollaron, las que siguen embrollándolo. Solamente no son las tradiciones de esas muy viejas, sino las de esas cosas horribles que hasta hace poco fueron nuevas. Las lecciones que generalmente se aprenden sobre la faldita materna, él las aprendió en brazos de la Dama Anarquía, a la que ya mencioné en mi libro. Lo digo con toda seriedad: las primeras cosas que contaron para Bernard Shaw, fueron cosas negativas y anárquicas, mientras que para la mayoría de los hombres, las primeras cosas, por lo menos, son positivas. Podemos, durante un

tiempo, perder esas creencias y afectos positivos, pero las hemos tenido; no creo que Bernard Shaw las haya tenido nunca. La prueba de ello es que siendo uno de los hombres más reniales y generosos del mundo, no puede comprenderlas. Esa fue toda la sustancia de mi crítica sobre Shaw, de esa crítica temprana y cruda: las cosas que Shaw no comprendía, o que aparentemente no podía comprender.

Cualquier latino, o cualquier otro miembro de la cultura viviente y permanente de Europa, resumiría lo que he dicho en una palabra — que Shaw nunca ha tenido Piedad. Espero que nadie creerá que piedad significa ser piadoso en el sentido popular de la palabra religiosa. Millares de ateos italianos y franceses, tienen "piedad", y grandes escritores como Barrés y hasta Clemenceau, que no tenían creencia, la elogiaron. No tenían nada, excepto padre y madre. El culto de la tierra, el culto de los muertos, el culto de ese recuerdo viviente por el cual los muertos viven, la continuación de todo lo que nos ha formado, eso es lo que para los latinos significaba la Piedad; y eso me refería al hablar de aquello cuya carencia es trágica en este irlandés protestante de genio. Shaw tiene verdaderamente una gran dosis de religión en el sentido espiritual: tiene religión, pero no piedad.

Comenzó con los prejuicios del progreso, mucho más anquilosados que los prejuicios del recuerdo, porque el recuerdo está hecho de mil otras cosas. El pasado es infinitamente variado, y si una tradición no nos inspira, podemos acudir a otra, pero el futuro es atrozmente simple. Sólo podemos predecir simple. Sólo podemos predecir un destino que ya en la obra matemáticamente resta sin otra libertad que la ignorancia. Pues bien, con toda la simpatía que le tengo, siempre lo veo a Shaw arrastrado tras de sí las cadenas chirriantes de ciertas tradiciones que son todo menos nuevas. Por ejemplo; no puede creer que un hombre pueda creer en un milagro. ¿Por qué no? Nunca se ha dado una respuesta filosófica a esta cuestión que encaja en cualquier esquema de filosofía contemporánea. Si sigue creyendo aun en el monismo del finado profesor Haeccelet, lo diría que acudiese para mejores informes a su amigo el profesor Einstein. Un filósofo creería en un milagro antes de creer en las contradicciones matemáticas, pero el hecho es que en los años juveniles del señor Shaw no había contradicciones matemáticas, pero sí había milagros para ser contradecidos. Por eso él, como buen conservador, sigue contradiciéndolos. La idea antigua de que el materialismo era inevitable; aunque ahora vemos que no sólo es inevitable, sino casi imposible. Pero esta clase de prejuicio no es impuesta a un hombre por otro hombre mayor que él. Le es impuesta por un hombre menor que él: por el mismo cuando era joven.

Esto vuelve a justificar lo que dije anteriormente; que son sus orígenes revolucionarios las causas de su retraso actual, y más especialmente aun la carencia de otros orígenes verdaderos. Sigue defendiendo aquello que un muchacho de ideas avanzadas debía afirmar en el 80 o el 90. En esas materias el muchacho de ideas avanzadas no ha avanzado. En otra forma de la piedad que llamamos patriotismo aun lo asombra, aunque acabó de veje que más o menos los dos tercios de Europa despiertan, con una energía por demás salvaje, reafirmando la realidad de esa idea. En su juventud se creía que el mundo ya dejaba atrás trompetas y tambores; la generación que surgía creía haber sobrepasado la esclavitud guerrera, sin embargo, esa gran nación científica que tenía un partido socialista tan grande y que estudió tan cuidadosamente a Bernard Shaw, ha exagerado lo de "las trompetas y los tambores". Para toda su generación "futurista" la prueba era el futuro; y ahora es el presente. En aquellos días comenzaba ensalzando a Ibsen y citando el proverbio progresista sobre la nueva generación que golpeaba a la puerta. Nunca hubiera creído que iba a golpear con machetes y sables prusianos.

La moraleja de todo esto es, lo repito, que tenía una visión poco directa del Futuro porque carecía de una directa tradición del Pasado. La lección que la piedad es fácil: la religión, el romanticismo, el patriotismo no ha muerto, ni se están muriendo, no son sonerías y nada es sonería salvo la idea de que morirán. Hasta aquí seguiría sosteniendo totalmente el juicio que hice contra el mesoprecio de Shaw por la tradición caballeresca o romántica. Hay razones para creer que el romanticismo volverá a surgir en forma neciva o peligrosa; no hay razón alguna para afirmar que desaparecerá. Quiero decir que ninguna razón puede apoyarse en los hechos concretos, pues éstos demuestran el perpetuo renacer de las fantasías más descabelladas. Cualquiera puede tomarse la libertad de afirmar que deben desaparecer, así como yo puedo afirmar que debería desaparecer la herejía contraria: el comunismo. Afirmando tan sólo, como una evidencia que los hechos que surgen demuestran que el mundo se está engolando tanto en la manera romántica como en la realista. Esto concuerda, de modo bastante extraño, con muchas ideas morales y domésticas que Shaw habría tachado de román-

ticas. La Matrona Romana de Mussolini, y hasta la Mujer Alemana (que no fuma) es la hija o la nieta de Cándida o de Gloria. Es realmente la Generación que Surge y que ahora golpea en la puerta — y pide ser admitida en "La casa de muñecas".

Nunca le pediría que me lo confesase, pero creo que realmente él y sus compañeros creyeron desde el comienzo que el mundo se deslizará rápidamente haciendo una gran curva evolucionista o revolucionaria, hacia ciertas grandes simplificaciones, dejando ya a sus espaldas, todo lo que podía realmente intentar cumplir esa simplificación; que se deslizará hacia la Internacional, hacia el Desarme, hacia el amor libre, y en el caso de Shaw, como en el de muchos otros, hacia el régimen seco y el vegetarianismo. Es divertido observar como, al trazar esta curva de progreso, cortaron por lo sano la curva trazada anteriormente por los últimos y no menos inocentes innovadores y amigos del progreso. La época de Bernard Shaw exigía el amor libre y vetaba vehementemente la libertad de comercio. Nunca he comprendido porque el relajamiento sexual tenía que aparecerse con la severidad dietética. No veo porque un hombre debe restringir su consumo de alcohol y no sus amores, aunque éstos afecten la vida de otros seres. El caso es que estas nociones o panaces, por incongruentes que fuesen, estaban ligadas, y Bernard Shaw, tan sólo por ser un joven revolucionario, estaba ligado a ellas con una cadena que aun sigue arrastrando. Se suponía que todas estas cosas deberían ir juntas, o más bien, que tenían que juntarse, que se juntarían dentro de muy poco tiempo.

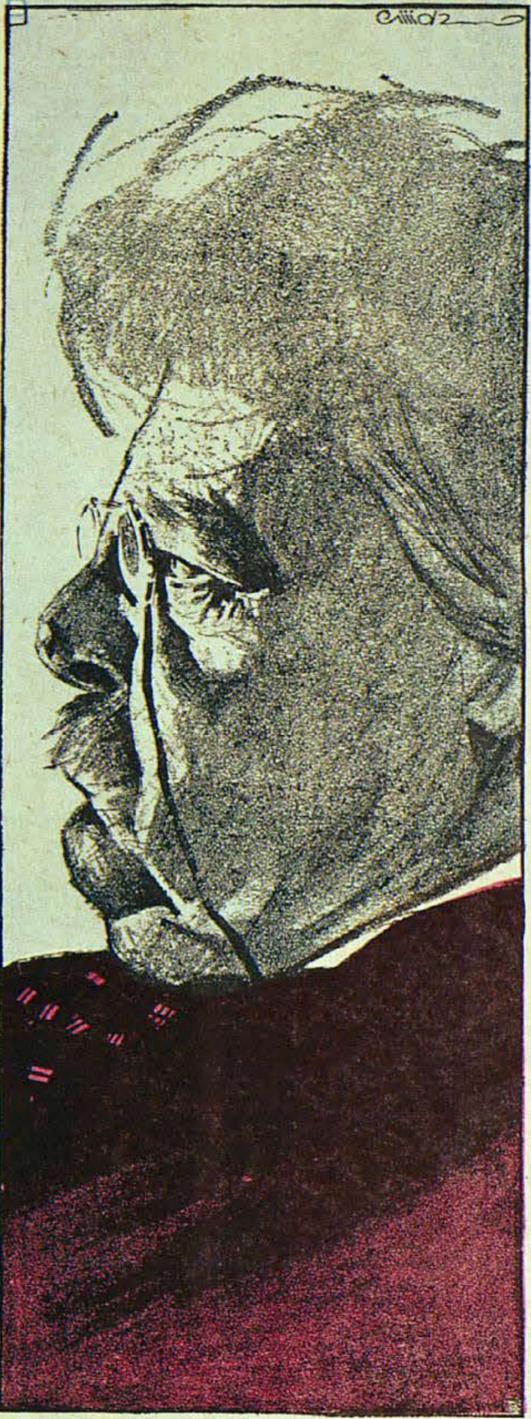
En esa impetuosa anticipación social hubieron dos grandes retraceos desde el momento en que Shaw desde el período del cual escribí "No fue la Gran Guerra, sobre la que he dicho muchas de sus magníficas semiverdades que son su especialidad, pero que causaban la impresión de algo que sencillamente no era la verdad. Por ejemplo, dijo que los oficiales y aristócratas británicos y alemanes eran iguales. Ignoraba el hecho que

si dormían las haldas subconscientes, que despertaron ante un terremoto como el de 1914, por eso aunque pacifista fue un patriota práctico.

En fin, terminada la guerra casi todo el mundo era pacifista. Tenemos que perdonar a nuestros enemigos. Tenemos que perdonar a todos menos a nuestros aliados — y especialmente a nuestros aliados. Después de todo, era tan fácil imputar el militarismo a los franceses como a los alemanes o a los esquimales, y podían afirmarse con mucha gracia que todos los soldados franceses eran negros. Sería cruel insistir en lo que siguió. Justamente cuando el mundo iba hacia el Estado Universal, justamente cuando todos estaban de acuerdo en que Bernard Shaw había tenido razón en condenar esa guerra o cualquier guerra, justamente cuando había sido olvidada con el desprecio merecido la idea de que Prusia no es Inglaterra y de que los junkers son verdaderamente peligrosos, apareció de pronto el otro retroceso en la marcha hacia la gran reunión humanitaria donde se demostraría que todos somos iguales a todos, y un poco más. Recordé con sonrisa melancólica la manera como Bernard Shaw había tratado de probarle a mi hermano que Prusia no existía en la historia; que Federico el Grande y Luis XIV eran casi idénticos, especialmente Luis XIV. Entonces se produjo el choque que ha cambiado toda la política del Oeste. Los Cascos de Acero y las Tropas de Asalto barrieron con un ciclón a toda una vasta civilización. El mundo resonó con las más salvajes alabanzas de la guerra por la guerra, alabanzas que no se habían oído desde los tiempos bárbaros. ¿Y dónde sucedió esto? ¿Estalló en la población negra de París? ¿Fue una exteriorización del militarismo implacable de Bélgica, o de Gran Bretaña y Estados Unidos y demás aliados? No, el segundo retroceso ocurrió exactamente donde mi hermano, y yo y todo nuestro grupo siempre dijimos que iban a suceder esas cosas: en los países prusianos, que son una discordancia en el mundo cristiano. Sucedió en Alemania a pesar de la inmensa influencia de las obras de Mr. Bernard Shaw.

Muchos han dicho que a Shaw no se le puede tomar en serio; que es demasiado frívolo; pero mi instinto siempre me ha dicho que es demasiado serio. En su risa no hay nada "rablaesiano" y aun siendo inmoral nunca podría ser indecente. Hay cierto puritanismo hasta en lo que muchos llamarían su deslizo, teórico y práctico, de la filosofía del nudismo. Ha dado una expresión práctica y provocativa a la idea moderna, tan vaga aunque tan difundida, de que nada debe ocultarse; sea ello haciéndose retratar como el modelo de un artista plástico, o publicando las cartas de amor de una actriz de quien el mundo entero estuvo enamorado. Son actos de mal gusto, pero no de inconsecuencia, y menos de vanidad. Son parte de una teoría, de una actriz de quien el mundo ciente. El nudista toma más en serio su obligación de andar desnudo que el hombre normal de llevar ropa. Por eso nunca me ha parecido que las fallas de Shaw en estas cuestiones fuesen inmoralidades que amulasen el respeto u la amistad. Sin embargo, es necesario admitir que su consistencia intelectual ha sido inflada por la vanidad. Su personalidad sería incompleta sin esta debilidad casi infantil; que, por otra parte, tiene algo de inocencia infantil. Respecto a Shaw no hay nada vicioso, aunque él, a veces, exponga teorías viciosas sobre la virtud.

En una palabra, mientras sostenía que con firmeza la unicidad moral, que ahora sigue firme, me he negado o resultadamente durante toda la vida a dejarme encandalar por Shaw. Quizá esto forme parte de una estrategia; sé desde hace mucho que es escurridizo como una anguila, pero lo malo es que es un congrio. Su juicio ha consistido en dar choques eléctricos, así que el juego de su contricante debe consistir en inmunizarse contra esos choques. La actitud también es justa. Se complace en una especie de jactancia abierta, insinuadora de su invencibilidad. Y hay algo invencible en él, es verdad pero es algo que llama ignorancia invencible. Se llama también inocencia. Un sortilegio interior, parecido a la santidad, lo protege; ese sortilegio consiste en que verdaderamente no es mal intencionado. Por eso no voy a discutir sobre todo aquello que los críticos de Shaw encuentran malo; desde su apoyo al bolchevismo hasta su tratado, altamente evangélico, sobre la manera correcta de leer la Biblia, que se titula "La Aventura de una Negra" en Busca de Dios; una busca del Señor, que, mucho me temo, recuerda la caza del Superhombre. Porque su credo positivo llamado Evolución Creadora, siempre me pareció un simple agnosticismo activado por la superstición. Un Superhombre es esencialmente una superstición, porque aceptamos algo que se nos impone, algo que no podemos imaginar y menos aun comprender. ¿Mientras no haya una prueba permanente del bien y del mal, como vamos a saber cuál es el Superhombre y cuál el Subhombre? (En cuanto a la afirmación de que es bueno estar más allá del bien y del mal — que puede decir de ella un hombre cuerdo sino que está más allá de la paciencia humana?



Soledades del Tirano Francia



Museo de la Confusión

Y traía el espacio el fuego de la tierra Bética, donde el sol hace artificios de pirotecnia en los cortijos, resolando por el anca de la jaca andaluz, sentándose en la silla yaquera y cantando en la plata del estribo sonoro.



Ignoraba que constituyera un artefacto de pirotecnia, una pirueta de cuete volador, una veleid de buscapie o un berretín de luces de bengala el resbalador por el anca de una jaca andaluz y menos todavía sentarse tranquilamente ante el estupor de los chulos, majas, baturos, acacemios y demás representantes de la raza en una silla yaquera, vacuna o de vaqueta, cuando más fireletes, saltos ornamentales y zig-zag requiera el auditorio y la brillantez de la verbera. Es de lamentar también el olvido final del pirotecnico, que delante a un lado todas sus primitivas condiciones terminan haciéndose las cosas y dando conciertos de canto hondo. Otro fragmento de la pirotecnia engrupida por el charlista:

Tierra de la camisa rota y el pecho combo, del sudor y de la mies. Tierra que hacen sus hijos madurar con sueños; Pasando por alto la vestimenta del terreno, encuentro que es una lástima que a la facilidad de labranza, le corresponden sólo cosechas de sudor y mies. Si se tratara de este último producto nada más, el rendimiento de la tierra es indudable que resultaría provechoso, pero si a un año de mies sigue uno de sudor, y a uno de bellota tres de catanga, a dos de sequía cuatro de jugo, a siete de tapioca ocho de gotas, y así siguiendo no creo que las ventanarías serían muchas. Claro que en el peor de los casos se podría recurrir al sudario o emigrar al Sudán.

La plumería no pierde la hilacha de su exposición y continúa por espacio de varios renglones ensalzando las maravillas valencianas, los justos, capiteles y columnas de los templos, los escudos y ajimeces, las almenas engranadas, los encajes de mármol y maderas, etc. Luego se la agarra directamente con el inmigrante microfónico y expresa:

Y el charlista juglar, mago, duende, brujo, malabarista y hechicero del léxico y la imagen en el amor a la tierra y a la vida, fué en su viaje de circundivagación, tan presto un moro que halaga y lionjea con los fuegos de su genio; que hace anteojos de la mano por desdoblar los horizontes, que recoge, tótelica.



cierra y concentra las sensaciones, ¡oh nimen sarraceno!, tan pronto el cristiano humilde y chiquito que comulga cotidianamente con la Belleza por la Bondad;

No me detendré a analizar las consecuencias del malabarismo verbal, la fantasma grosería en letras de molde, los juglares con pie de imprenta, los brujos a tres columnas, los nombres sarracenos y los gnomos eucarísticos, para dedicarme al siguiente envío con que no despacha a modo de final la juglarsa con pluma. Dice así la despedida:

Federico García Sanchiz: ayer mis tres generaciones de argentinos se hicieron puente para llevarme a Hispania.

No voy a poner en duda las cualidades de matricaria o de incubadora racial que parece poseer la articulista, pero si dudará de la existencia de ese reino, calafato, condado, imperio, terreno baldío, o lo que sea que parece llamarse Hispania. He consultado varias adivinas, algunas enciclopedias hispanistas, americanas, muchas guías de teléfonos, innumerables impotentes e inenarrables compañías de navegación, sin mayores éxitos. En estas últimas fuentes de información me manifestaron que de vez en cuando se presenta algún naufragio solicitando pasaje para sitios patéticos, unos quieren regresar a Italia, otros quieren volver de Flándes o quedarse en Albol, los menos bullentan un pasaje de ida y vuelta para ir a Iberia, etc., pero inmediatamente son patados de chaleco, numerados del uno al cinco, pasados por agua, lacrados y devueltos a la Dirección General de Correos y Telégrafos para ser distribuidos convenientemente por orden de méritos a los distintos nosocomios de la capital.



ANIMULA VAGULA

LA tiranía, por edificada en el aire, es un absurdo. Porque si los hombres son libres, la pretensión de reducir a todos a una sola voluntad, de acaparar un solo hombre los libros albedrios de los demás, es imposible; y si no son libres y una fatalidad particular conduce a cada uno, es también vana la sumisión artificial de todas las fatalidades vivientes a la de un solo hombre, bastante lleno con la suya. De modo que solamente una teoría de mecánica explica la génesis de las tiranías; prepotencias al fin resultan de una violencia ha sido superior en eficacia bruta o en astucia, es decir, en realidad a las violencias, aun sumadas, del prójimo. La parte en que una tiranía parece inteligente sólo es la coquetaría del mando, la frivolidad divertida del despotismo, el descanso en el argumento contrario, una atención fugaz a la eternidad que no perdona.

El maestro de tiranos en América del Sud, el número 1 de los enemigos del individuo, nació en 1756 o 57 o 1761, es decir, en un año impreciso que es prueba de que ninguno quiere cargar con el nacimiento de un hombre malo. Pero eso sí fué en Asunción y Asunción está diciendo la acción de tomar para sí. ¿No iba a tomar para sí demasiado poder? El padre era de San Pablo y se había trasladado al Paraguay esperando lucrarse con el contrabando del tabaco que dió humo prematuro antes de que se armaran los cigarrillos. José Gaspar Rodríguez Francia, el vástago prodigioso, era uno de los varios hermanos que se hacían todos competencia en esforzada aliancía mental y decía llamarse Francia para probar su origen francés.

Discípulo de los franciscanos en su pueblo natal y destinado a la Iglesia, estudió en Córdoba, donde obtuvo el título de doctor en Teología. Allí vivía huraño, sin mayor trato con sus compañeros; ocupaba un escano en la penumbra (anticipo de cómo viviría su espíritu después) y en el respaldo dejó grabado su nombre. Flaco y flexible, ya tenían sus ojos una llamativa movilidad ner-



viosa, escudriñando a su alrededor como en el recelo de un peli-gro. No encontraba estímulos en ese ambiente y era un perpetuo aburrido. Un amargo sabor gustaba su espíritu y mostró pronto impulsos terribles. En una querrela con sus compañeros hirió bruscamente a uno de ellos con un cortaplumas que había afilado previamente para ese preciso objeto. Ya conseguía el título tenebroso de "gato negro".

A partir de una venganza fracasada conservó un odio invariable a los sacerdotes. Aparentando amistad hacia uno de sus profesores, a quien en realidad quería mal, estuvo largo tiempo estudiando la disposición de su cuarto, encima del cual estaba el de Francia. Y practicó un orificio que correspondía exactamente de arriba hacia abajo a la cabeza del clérigo cuando éste dormía. Y terminó por pasar un fusil y disparar un tiro, bien entrada la noche; pero que no dió en el blanco deseado porque en ese momento no estaba en la cama la persona sentenciada por el terrible joven estudiante.

En otra ocasión también desenmascaró la aurora violenta de su carácter. Un compañero de habitación, encontrando apetecibles unos duraznos colocados sobre el lecho de Francia, se los comió y los carozos quedaron encima de una mesita. El perjudicado se los guarda y nada deja entrever. Pero meses después sorprende de improviso al otro en un baño, amenazándolo con una pistola, dispuesto a todo si el infeliz no traga inmediatamente aquellos carozos... El pobre, tras muchos y penosos esfuerzos, consigue pasar uno, aguantando el suplicio del segundo y se desvanece durante el tránsito del tercero que era el último. Francia había dado una prueba de verdadero compañero heroico.

Las pretensiones que tuvo entre la clase aristocrática le resultaron fallidas y entonces, agrariado, buscó refugio en el bajo pueblo de Córdoba; pero a sus amistades de malas trazas también les resultó antipático dado su invencible orgullo. Este sentimiento dió origen al padecer injustificado de dos hombres en Asunción, más tarde a uno encerrado en la cárcel, de donde se le sacó para la sepultura, todo por una tunda que de él recibiera en sus espaldas; y a otro mantuvo encerrado y poco alimentado en un sótano durante diez y ocho años por haberse opuesto decididamente a un proyecto matrimonial ambicioso de Francia y por haberle llamado "milito".

Huérfano de padre, renunció al estado eclesiástico y se hizo abogado.

Amigo de los libros y de los placeres, cuyo antagonismo es aparente, adquirió, vuelto a su patria, rápido renombre. Y así, Francia, estando en sus cuarenta años, fué nombrado miembro y luego alcalde del Ayuntamiento de la Asunción. Y conquistó a la opinión pública por su inflexibilidad.

Seguendo el ejemplo de nuestro 25 de Mayo, los paraguayos depusieron al bondadoso gobierno de don Bernardo Velasco, al que substituyó una Junta de Estado con un presidente, dos asesores y un secretario con voto deliberativo. José Gaspar obtuvo el último puesto en recompensa de su solapado trabajo anterior de ayuda a la emancipación. Y ocupóse, al parecer, mucho de los negocios públicos a diferencia de sus colegas entregados a los placeres. Un congreso que convocó dejó establecida una república gobernada por dos consules: uno fué, naturalmente, José Gaspar y el otro Fulgencio Tegros, ignorante campesino perito en caballos y en la técnica del lar. ¿Hay que decir que Francia pretendía desde el comienzo ser el único jefe de su país? Habiéndose preparado dos sillones con los nombres de César y Pompeyo se apoderó impaciente del primero (¿no fué Pompeyo el defensor de la legalidad en la antigua Roma? y cómo terminará Tegros, el Pompeyo paraguayo?) y pone en juego una graciosa artimaña el célebre Gaspar: consigue del Congreso que los consules duren un año, gobernando cuatro meses cada uno alternativamente y comenzando por él (lo que es justo y si no ¿para qué es abogado?). Obtenidos en seguida ocho meses susurrare en flagrante calumnia que José cuidó de formar un ejército bien adiestrado para aplastar todo intento de independencia. También es calumniosa noticia la de que para su popularidad entre los indios, decretó la muerte civil de los españoles y les prohibió casarse con mujeres blancas. Buen extranjero, consiguió que a la renovación consular de 1814, el poder fuera conferido a un solo magistrado. ¿No bastaba con él? Y para tres años entonces? Y en 1817 ¡dictador perpetuo!, que no es redundancia de palabras, sino de poder, por desgracia.

Así, "Su Excelencia" José Gaspar Tomás Rodríguez Francia, hijo de un pretendiente al contrabando de tabaco, empezó a fumar a sus compatriotas, instalado en el palacio de los gobernadores españoles, sólo que con fuego terrible y echando humo por largo caño. Como mejor se verá.

Tomás, para tomar su nombre intermedio, embelleció la nueva residencia y derribando las casas vecinas, la dejó completamente aislada. Allí, con cuatro criados, lejos de todo atractivo pernicioso, vivió para su ambición. No sé si pretendiendo repetir con su país el caso de su palacio o temiendo la introducción de ideas contrarias a su voluntad, rompió toda relación con el Brasil, Buenos Aires y las provincias limítrofes. Lo cierto es que cortó los

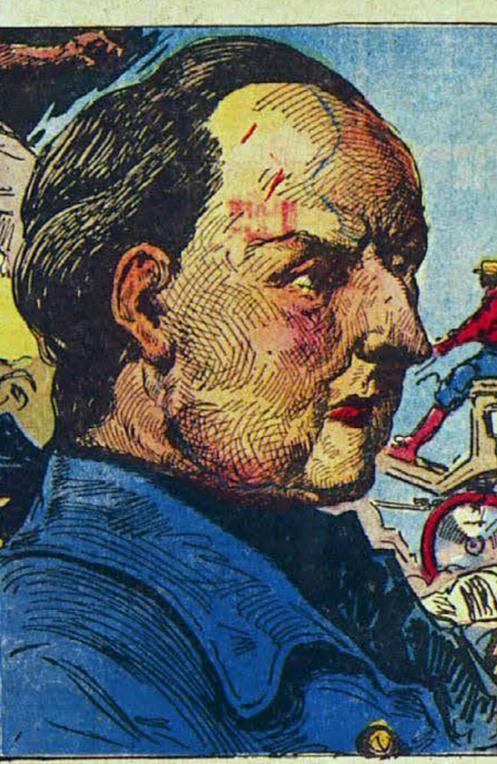
vínculos con todas las naciones de la tierra. Y nadie podía salir sin su especial autorización.

José Francia formó una temible policía por la que llegó a conocer la intimidad de las familias, deportó o encarceló a los que se habían atrevido a caricaturarlo y sintió tal temor por denuncias recibidas referentes a su seguridad que no salía de su palacio sin su escolta de húsares. Estos soldados atropellaban o herían a los curiosos de modo que las personas huían para encerrarse en sus casas al anuncio de que el dictador se aproximaba.

Pronto se notó lo singular de su carácter triste. Llegó a tener la idea de una muerte próxima y así pedía con vehemencia al doctor Juan Lorenzo Gama, médico español, que le quitara de encima "el peso de aquella angustia que le arrebataba el sueño" y le desfiguraba el rostro. Se le llamaba entonces "el histérico" y aquel médico lo trataba como tal, atribuyendo la enfermedad (¡oh, infeliz irremediable!), a la gratuita acción de los astros lejanos. Lo curioso es que lo asesoraba también un doctor Zabala, afirmando que moriría cuando Dios quisiera y no cuando él pensara y recomendándole que "saliera del país". ¡Gran proposición! Francia precisamente no saldría nunca de su país y sería siempre el tirano.

Aquel triste que desconfiaba del día inmediato y quizá de la próxima debía desconfiar de sus conciudadanos, hombre al fin que llegan a esconder el pensamiento enemigo con la misma facilidad con que el día vecino arroja la Pálida terrible. Y cumplía estas precauciones: con sus propias manos cebaba el mate con que se desayunaba muy temprano y apenas un negrito le había llevado los trabajos indispensables. Después, en un paseo por el interior de su palacio fumaba un cigarrillo, armado también por Francia, y encendido con cuidado por el pequeño sirviente. Y cuando tenía ya delante la canasta, traída del mercado por la mujer que era simultáneamente cocinera, ama de laves y confidente, separaba tras prolija inspección lo que placía a su paladar, destinando el resto para su perro y los cuervos, que eran dos para que no faltara distracción suficiente a su melancolía. El paseo habitual en público, con características de paseo privado, no le sorprendía sin un largo sable y un par de pistolas y eso que iban delante numerosos batidores. A falta de verdadero delirio tuvo ideas de persecuciones, así que llegada la noche él mismo cerraba las puertas y hacía un miedoso registro de muebles y habitaciones.

Cierta vez una mujer pensó que la manera más segura de acercarse al dictador era trepándose a la ventana de su cuarto. Y como así lo hizo, "por este acto tan sospechoso fué puesta en prisión" junto con su marido, "probablemente complicado también en el in-



fame complot". Previendo sucesos análogos al que "parecía encerrar intenciones tan malféticas como miseriosas", ordenó Francia que en adelante toda persona que se le viera "mirar al palacio" fuera allí mismo fusilada. Y dió al centinela una bala para el primer tiro y otra para el segundo si erraba el primero, prometiéndole a continuación que acertaría en su cuerpo con el tercero si equivocaba nuevamente el disparo. Días después un indio miró al pasar las ventanas prohibidas y allí fué el tiro que se merecía, pero que no lo hirió. Francia apareció alarmado, diciendo que "el jamás había ordenado semejante cosa". Era una disminución de su memoria.

Llegó a encerrarse en sus cuartos semanas enteras y sólo se le oía cuando daba las órdenes por una rendija de la puerta. Y por su vicario general prohibió las procesiones y el culto nocturno, temeroso de que originaran reuniones sospechosas. ¿Pero no es que temía la venganza de las sombras, donde también se albergan espíritus libres? No podía dormir sin buena luz. ¿Pudo permitir los chascos de los traviesos huérfanos del aire?

El empleo de la tortura para descubrir irreales conspiraciones motivaba que los hijos denunciaran a los padres. Los amigos evitaban encontrarse para no dar fundamento a las antojadizas sospechas de la policía. Y se pasó a las ejecuciones diarias por fútiles causas. Y todo esto era dispuesto por el tirano firmemente... Que tanto extremo lo economía, que el mismo hacía entrega de los cartuchos necesarios para esos actos terribles nada más que a tres hombres, forzándolos al empleo último de las bayonetas en caso necesario.

Es tradición que Francia, a los veinte años, abofetó a su propio padre, arrebatado por un impulso que nunca se justificó. A la terminación de su vida el padre ofendido quiere reconciliarse con el hijo; la llama moribunda tiene la ternura definitiva de encariñarse con la luz que deja, que la sobrevivirá. Pero como la luz era negra, el hijo insensible replica:

"Y a mí que me importa de ese viejo, que se lleve el diablo su alma". Voz de verdugo. ¿Fué mejor con sus otros parientes? Parece que a su sobrino, ayuda de cámara, lo mandó fusilar en la plaza pública y en su presencia, como acostumbraba después. A otros dos sobrinos los encerró en una prisión por tiempo indeterminado. Y quería tanto a una hermana que la hizo presentar ante él e intentó su fusilamiento por el "delito" de haberse reconciliado con su esposo. Así procedía un Borgia.

Luego sobrevino la gran época de las ejecuciones y de las torturas, que le servían de inocente pasatiempo en sus noches de insomnio. ¿Serían para aventajar en las vigillas las pesadillas espesas y habituales de sus sueños condenados? ¿Tenía Francia algo del temperamento byroniano? ¿O estaba verdaderamente loco? Don Vicente Estigarribia, el hombre de mayor trato con el tirano, quíz por ser su médico, íntegro, bueno y reposado, por otra parte, era el único de quien se dejaba ver (aparte de Patiño y de la vieja encargada de la comida), y el que afirmaba en ocasiones se le oía hablar sólo, exclamando: "A la horca, al calabozo, al patíbulo, miserable!" Ese Estigarribia, pequeño y misterioso, temió más adelante que el "Supremo" terminara sus días en un acceso de locura, pues sus monólogos eran más frecuentes, y en las pocas veces que se dejaba ver en los corredores accionaba con violencia y se detenía bruscamente para mirar afuera algo que solamente para él se detenía visiblemente.

En la "Cámara del Tormento", industria diabólica, se arrancaban revelaciones de supuestas conspiraciones y asesinatos. Y Francia no tardó en resolver que el tormento se aplicara solo de noche: la luz diurna no merecía tanta sensación. Y a más debía querer mucho a la noche, porque se pasaba las horas contemplándola. ¿Amor sentimental? En la también llamada "Cámara de la Verdad", un largo catre recibía a la víctima: colocada boca abajo, el abdomen quedaba comprimido por un madero atravesado, las manos y pies bien sujetos, el cuello agobiado por una piedra enorme y la cabeza colgando, envuelta en un poncho, que servía asimismo para apretar la garganta

cuando "molestaban" los gritos de dolor. Al costado del catre dos grandes indios manejaban sus látigos de fibras de toro, previamente sobados, según un procedimiento propio, y esos dos verdugos no interrumpían sus golpes con facilidad; eran máquinas vivientes y muchas veces hubo que sacarlos a la fuerza de allí para que no se exciedieran. Patiño, cuando sobreviniera un síncope, interrogaba en el cuarto inmediato al dictador, todo oído voluptuoso para los quejidos, sobre la continuación del tormento. Y Bejaran, otro de los jueces, chino gigantesco, de larga barba, bruto de mano grandota y ágil para el látigo, era barbero y también verdugo: un académico en azotes, con la vanidad de hacer sufrir terriblemente a la víctima, sin que perdiera el conocimiento; mas, en caso contrario, restregaba un hisopo empapado en salmuera por la herida inoportuna.

Fulgencio Yegros fué una de sus primeras víctimas fusiladas. Y habiéndose vuelto Francia más taciturno, las ejecuciones se hacían en su misma presencia a treinta varas de su puerta. Los endiaveros debían permanecer frente a las ventanas durante el día y el perverso sibarita mental se asomaba con frecuencia y eran largas las horas de fijas contemplaciones. Seguramente coleccionaba en la galería fantástica de su alma las imágenes últimas de sus víctimas, cuadros inmóviles de una pinacoteca ideal que se enriquecía con envíos variados. ¿Quién sabe las refinadas clasificaciones que hacía en esa colección privada por excelencia?

Es imposible conocer el número de los sacrificados, porque las órdenes debían serle devueltas con la nota de la ejecución al margen y en seguida las destruía. Así es difícil conseguir documentos con su firma.

No perdónaba el que dejaran de llamarlo "Excelentísimo Señor o "Dictador Perpetuo". Al súbito de una monarquía le dijo: "Debes respetarme como a vuestro rey, y más aun si es posible, porque yo os puedo hacer más bien o más mal que él". Todos los que tuvieron que usar tempranamente sombrero para demostrarle acatamiento quitándosele.

Enigo M be'p'k J. porso'ot. En las tardes que Francia paseaba a caballo, el negro Pilar y perro Sultán iban delante, uno corriendo y el otro ladrando; señal para todo el mundo se encerrarse en sus casas y más al oír el ruido característico que hacía la silla del dictador. En uno de esos paseos, varios perros ladraron a su caballo, lo que interpretó el jinete como una intención velada de sus enemigos, y, en consecuencia, ordenó a sus soldados que recorrieran las calles y mataran todos los perros ambulantes. Así se hizo puntualmente, con el empleo de hachas y palos, y todavía se llegó a derribar las puertas de muchas casas para dar con los animales escondidos en los cuartos. En la campaña se repitió la guerra por inspiración de los serviles agentes del tirano, para no perder su gracia.

José Rodríguez Francia aparece principalmente como un solitario. El solitario tiene baldío un sector de su vida durante toda su duración. Y está obligado a llenarlo para no desesperarse por completo. Y su condena es llenarlo con la sociedad de los demás. Francia, por fatalidad, necesitó de todo un pueblo, y así para que lo acompañara mejor, lo aisló del mundo.

El solitario es un espíritu triste: su pensamiento, piedra de molino, muele una idea que vuelve a cada paso, una idea emponzoñada. El resultado es una nube de polvo que, circundándolo, le hace ver téticamente el mundo. El solitario puro no reacciona mal contra los demás: perturbado por una melancolía profunda, puede atentar contra sí mismo, llegar al suicidio. Pero, más desequilibrado, aparecen los períodos de manía, de exaltación contra todos, y entonces es claramente dañino. Aquí está lo grave de una soledad enferma.



¿Pero no es el caso de Francia? Yo creo que sí. Por otra parte, no está todo dicho. También tenía un miedo morboso de los demás (¿no es otra vez el espíritu de soledad alterado?) revelable en sus ideas de persecuciones. Como asimismo un esbozo del delirio de grandezas (¿no sería por la falta de trato franco con la sociedad?) que se descubre en su pretensión de parecerse a Bonaparte en gesto y figura y que le llevó a usar medias de seda y sombrero de gran semejanza a las prendas del Corso. Poseía una caricatura de Nurebreg, representando a su héroe y que apreciaba como retrato fiel, hasta que un suizo lo sacó de su torpeza revelándole el significado de la inscripción alemana que aquella incluía debajo: el sombrero exagerado de esta caricatura, hecha para ridiculizar a Napoleón, habría originado el análogo paraguayo.

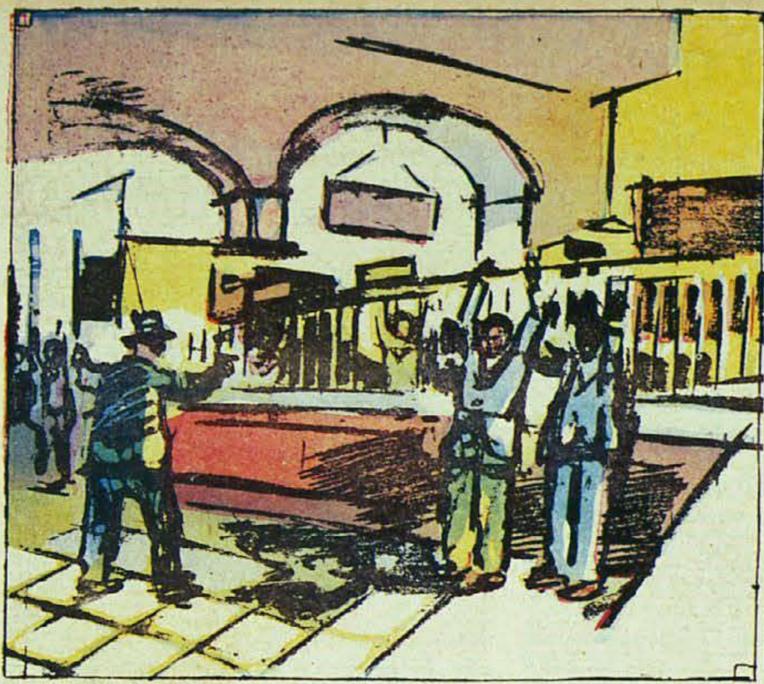
Francia no tenía un solo amigo, y vimos cómo trató a sus parientes. Aun solitario se ve en sus libros favoritos, y aquí están los de Rousseau, "¡Vuelta a la naturaleza!", y los de Laplace, "Orígenes del mundo!", temas para ánimos grises.

Por la noche reverenciaba los libros hasta una hora avanzada, o bien se rodeaba de cartas para buscar en el cielo constelaciones y planetas, lo que originó la creencia en el pueblo de que poseía un poder sobrenatural. ¿Le gustaría el Navío Argos para llevarse en él a todo el Paraguay? ¿La Espiga provocó la agricultura intensiva? ¿El Can Mayor le recordaría su saña contra todos los canes? ¿Era diario su encuentro con El Indio? ¿La Cruz del Sur lo enfurecía contra el cielo?

Un hombre violento no concuerda con un fin apacible. Y Francia tuvo su legítimo fin. Pasados los ochenta años le afectó una brusca parálisis, cuyos síntomas, sin embargo, no le impidieron continuar en sus funciones. La centella no lo fulminó; el aviso no fué bastante para que se enunciará. Rechaza entonces los auxilios de la iglesia, que le propone su barbero, y en cuanto a testamento, dice: "No tengo de qué disponer: mis soldados son mis herederos". Después sucede un misterioso tiempo de espera. Es que el rayo se preparaba mejor, y esta vez debía bastar un solo golpe. ¿Pero no es que en la vez anterior un espíritu de justicia había economizado fluido eléctrico como Francia economizaba cartuchos para las ejecuciones? Sí; pero el no lo vió. Llegó el 20 de septiembre de 1840. Y se desearó el rayo definitivo: una apoplejía le priva inmediatamente de la palabra. El barbero llama asustado al sargento guardia; pero como éste no podía entrar sin permiso del dictador, se niega a la ayuda, mientras Francia no lo dispusiera. ¿Cómo puede hablar el mudo anonadado, que, sin embargo, fué el hablador frenético de los soliloquios en voz alta? Ahí parece que el barbero es el que sufre a solas esperando oír una orden imposible. Cuando pasa el tiempo y se impone el día, temblando se deciden a entrar con cautela, y alguno de ellos lleva su audacia a tocar la ojeal del dictador, que ya estaba frío. Así expiro, víctima de la obediencia que por el temor impusiera, un hombre violento. "Los ojos lloran pero los corazones ríen", comentaba después un paraguayo al contemplar el acompañamiento, y el odio del pueblo, contenido tantos años, se reveló una noche: un brazo vengativo destruyó con furia el suntuoso sepulcro que se había destinado a su opresor. De un golpe de puño feroz hundió de arriba abajo el monumento. A Francia, que había quitado la tranquilidad a los hombres de su país, no se le dejaba descansar en paz.

Y Francia, que tenía prohibida la entrada por su puerta, llega a tener vedada la salida por aquella que, pasándola ya se ha perdido toda esperanza.

POB
BENJAMIN BELTRAN
ILUSTRACION DE PEDRO DE ROJA



"Midget" el Bandido Ultra Moderno

ESTAMOS frente a uno de los criminales más asombrosos que han aparecido en nuestro tiempo.

Ultra Moderno

"Midget" estudió en escuelas de arte y bibliotecas para adquirir conocimientos que lo habilitarían para procurarse así grandes sucesos en su nefasta profesión.

Venancio Marrorena

Ilustración de Pappagnoli

en otro tiempo fué amigo de su ex caposo, que ahora cumplía una condena de treinta años, a raíz de varios delitos cometidos.

Se cree que su fortuna alcanza a un millón de dólares y se haia secretamente enterrada, parodiando a los antiguos piratas que escondían de tal forma su botín.

El asombroso compendio de crímenes que se acaba de relatar, no es nada más que Henry J. Fernekes (a) Midget, o sea el "Petiso", a quien una docena de detectives y jefes de policía lo han considerado más peligroso que el mismo Gerald Chapman, que se encuentra ahora entre rejas en la cárcel de Joliet, en el estado de Illinois, sentenciado a muerte.

Nuestros lectores probablemente se lo imaginaron de un terrible aspecto, pero la realidad es completamente opuesta a esa suposición; se trata de un individuo cuya estatura no pasa de un metro y medio, delgado, de sonrisa amable, sus ojos son de color marrón y la boca de aspecto sensitivo, cual la de una mujer.

Comienza su historia. Allá por el año 1914, un jovenito de 18 años de edad, bien educado y de refinadas maneras, fué condecorado por la policía ante un juzgado de Chicago; el magistrado miró sorprendido al detenido, el que aparecía aun más bajo de lo que en realidad era debido a la gigantesca estatura del agente que se hallaba a su lado.

Durante los meses de encierro medito y trazó planes, y cuando recobró su libertad, volvió a hacerse cargo de su profesión. No se conformó con realizar robos, asaltos y muertes, sino que se dedicó a estudiar libros de química, ciencias, criminología, y hasta llegó a inventar una pistola manuable con silenciador que utilizaba en sus arañas.

Una de sus primeras hazañas, luego de su libertad, ilustra cómo este notable bandido realizó el asalto al First National Bank de Pearl River, en diciembre 29 de 1922.

Un año antes de esta fecha, un hermoso joven, de estatura baja y modos muy finos, que decía llamarse Henry J. Darche, estableció un negocio de electricidad en la calle principal de Pearl River; era casado y tenía un hijo de poca edad. Muy pronto este señor hizo amistades, mereciendo también el respeto de todos. La señora Darche no era otra persona que la ex señora de Joe Saunders o Senderon, esposa actual del que

Su plan era, pues, atacar al banco esparciendo el amonico dentro del mismo, y así ellos, protegidos por las máscaras, a pro...

chiaran para robar. Al mismo tiempo, se proyectó de bombas de humo, las que arrojarían a la calle durante la huida, si ello fuera necesario, para dificultar su individualización.

Una noche, poco antes del tiempo establecido para el ataque, Fernekes concurre a hojear varios libros de carácter científico en la Librería Greer, en la calle Randolph y Michigan Avenue, en Chicago, tratando de ultimar los detalles de sus planes ultracientíficos.

Mientras se hallaba ocupado en esta tarea no advirtió la proximidad de varios hombres de voluminoso aspecto y a quienes fácilmente pudiera reconocer de no estar caudubido en la lectura; éstos aparentemente leían sendos libros, pero, en realidad, lo que hacían era acercarse a él en forma impecable, de tal suerte que éste no se daba cuenta, en un momento dado, estos hombres se le echaron encima, golpeándolo fuertemente y provocando así la caída de su revólver, que intentó sacar de debajo del brazo para defenderse.

En honor a la verdad, la captura de Fernekes no se debió a la pericia de los policías, sino a la denuncia de una empleada de la librería, quien desconocía de su persona debido al pequeño bullo que aparecía debajo del orazo de su saco, bullo éste que producía el ruido. La empleada se dirigió entonces a los pesquisas y los aperebido de sus sospechas, iteconocido "El petiso" por uno de los policías, fué, como se sabe, reducido prontamente.

Peró la prisión no amilanó a ese hombre que parecía haber unido el crimen a la ciencia. Tras las paredes de la cárcel él continuaba manteniendo su influencia y reputación entre la gente del hampa. Así es que mientras esperaba el juicio de varios robos y crímenes cometidos, se puso en contacto, aunque con cierta dificultad, claro está, con los componentes de la gaviota a la que estaba asociado.

Tramó de tal forma un plan de acción para secuestrar a dos hijos de Charles G. Schweppe, de Lake Forest, en los suburbios de Chicago. Los niños eran nietos de John G. Shedd, de Marshall Field y Co., importante firma comercial de Estados Unidos. La herencia que percibirían estos dos pequeños se aproximaba a los 15 millones de dólares. "El petiso", por su parte, esperaba recibir de este "negocio" un millón de dólares.

Sin embargo, a pesar de su gran astucia, Fernekes tuvo la infeliz ocurrencia de escribir una carta a su esposa, en la que le decía: "Poseo los mejores planes con mi "asociación"... La policía logró incautarse de este escrito y, además, se enteró de cierta conversación telefónica concerniente a tales planes. Como consecuencia de todo esto, la casa de Schweppe apareció al otro día con una fuerte guardia policial y Fernekes confinado a un lugar solitario para evitar que tales casos se repitieran.

Con todo, "El petiso" no desmayó y aun hoy se ignora cómo logró introducir en la cárcel una bomba. Día tras día salía de su solitario calabozo esperando una oportunidad para cumplir sus propósitos, hasta que una mañana creyó llegado el momento y pretendió hacer volar la mitad del edificio; su intento se vio frustrado por un guardián que, demostrando gran presencia de ánimo, evitó la catástrofe, como también la evasión de Fernekes y de 800 reclusos más que se encontraban en el penal.

Aunque ahora parece definitivo que vaya a dar a la horca, poniendo punto final a una ola de sangre que se extendió sobre su vida, ello no quitará para que el diminuto bandido haya conseguido con su audacia y su dinero dar una gran corrida a la ley.

